

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1874. — TOMO XLIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

AÑO 33. — N° 1,106.

Administracion general y Redaccion : Passage Saunier, número 4, en Paris.

SUMARIO.

Los nuevos fuertes de París; grabado. — Estudios históricos y literarios. — El Hotel de Ventas mobiliarias; grabado. — Tahona central de la Asistencia pública en París; grabado. — Revista de París. — Sobre los viajes por España de Blatna y de Andrés Navagero. — El sacarímetro; grabado. — La guerra al « whiskey » en los Estados Unidos; grabado. — Francia pintoresca; grabado. — Estudios sobre el estoicismo en España. — El nuevo cartucho del ejército francés; grabados. — Actualidades; grabados. — La calle de los Ours en París y el mercado de las lavanderas; grabado. — Filosofía española. — Escenas del mundo asiático.

Los nuevos fuertes de París.

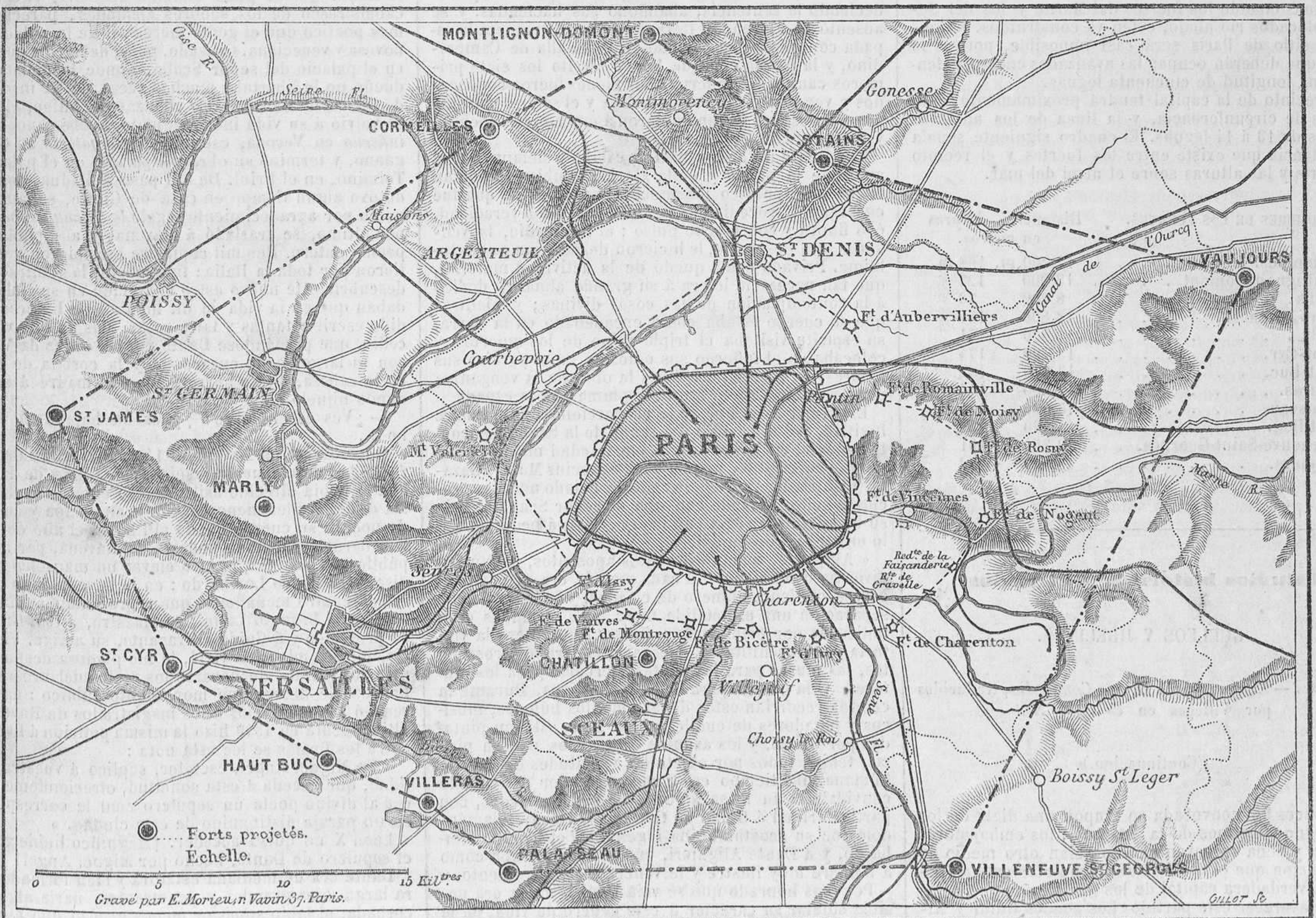
En la sesion del 15 de febrero último el ministro de la Guerra ha presentado á la mesa de la Asamblea nacional un proyecto de ley relativo á la construccion de las nuevas obras que deben construirse al rededor de París.

La ley, que se compone solo de tres articulos, será puesta inmediatamente en discusion. El dictámen de la comision de defensa es mas lacónico que la exposicion que precede al proyecto, porque se limita á indi-

car los sitios que deben ocupar los nuevos fuertes, que son : Cormeilles, Montlignon-Domont, Stains, Saint-Jammes, Marly, Saint-Cyr, Haut-Buc, Villeras, Palaiseau, Châtillon, Villeneuve-Saint-Georges, Vaujours, y además una cabeza de puente sobre la orilla izquierda del Marne, pero que no se indica el sitio.

Los siete millones que hoy se piden serán invertidos en los fuertes de Cormeilles, Dumont, Stains, Saint-Cyr, Haut-Buc, Villeras y Palaiseau, cuyos trabajos empezarán en este mes de marzo.

Si dirigimos la vista sobre el mapa, al 1/25,000º que acompaña á este artículo, observamos desde luego



NUEVO SISTEMA DE DEFENSA DE PARIS. — Mapa de los nuevos fuertes al rededor de la capital.

que el comité de defensa omite algunos datos que son indispensables para comprender la importancia de las obras, porque es evidente que el inmenso espacio que queda de 26 kilómetros entre Vaujours y Villeneuve-Saint-Georges, no puede quedar defendido solo por un fuerte; igual observación debemos hacer respecto á la distancia de 18 kilómetros que existe entre los fuertes de Villeneuve y Palaiseau.

También debemos hacer observar, que hasta nueva orden, no se hará ninguna construcción entre Stains y Palaiseau, es decir, en la zona del Este, que es la más expuesta á los ataques del enemigo, y en la que las sinuosidades del Marne y del Sena perjudican mucho á la defensa activa, como la que conviene á una plaza como la de París. Después de la sangrienta batalla de Champigny, todo el mundo está convencido que es indispensable establecer un vasto campo atrincherado que abrazara las mesetas de Montmesly, Champigny y Villiers, y contra las cuales se estrellaron todos los esfuerzos del ejército del general Ducrot. No creemos que esta opinión tan general deje de ser fundada, porque el comité de defensa habla además de otras obras que deben ejecutarse en la orilla izquierda del Marne. Es preciso también unir Saint-Jammes á Cormeilles, cubrir á Poissy y la afluencia del Oise y del Sena.

El proyecto de ley no habla tampoco de un ferrocarril circular que debe atravesar el departamento del Sena y del Oise. Según este proyecto, esta vía seguiría por la orilla del valle de la Bièvre por detrás de los fuertes de Villeras y del Haut-Buc, subiría la meseta entre Versailles y Saint-Cyr, y pasaría después por Poissy, Montlignon, Domont, Gonesse, Vaujours, Villeneuve-Saint-Georges, Juvisy, Savigny y Palaiseau.

Cuando este proyecto se presente á la Asamblea nacional, volveremos á hablar del trazado del ferrocarril, tan necesario bajo el punto de vista comercial como el de las operaciones militares. Hoy nos limitaremos á dar algunas indicaciones, al mismo tiempo que en el mapa damos las líneas del ferrocarril, el recinto de París y la línea de los antiguos fuertes.

Las distancias que existen entre los fuertes son las siguientes:

Del fuerte de Palaiseau á Villeneuve Saint-Georges, 18 kilómetros; de Villeneuve á Vaujours, 26 kilómetros; de Vaujours á Stains, 17 kilómetros; de Stains á Montlignon-Domont, 8 kilómetros; de Montlignon-Domont á Cormeilles, 8 kilómetros; de Cormeilles á Saint-Jammes, 21 kilómetros; de Saint-Jammes á Saint-Cyr, 11 kilómetros; de Saint-Cyr al Haut-Buc, 7 kilómetros; del Haut-Buc á Villeras, 5 kilómetros; de Villeras á Palaiseau, 5 kilómetros. El polígono que forma las líneas de unión entre los fuertes ya indicados, tiene de extensión 126 kilómetros, ó sea 31 1/2 leguas. Esta extensión será mayor, es decir, llegará á 36 leguas cuando los fuertes del Marne y los del Sena, colocados río abajo, estén ya construidos. Entonces el sitio de París será casi imposible, porque la línea que deberán ocupar las avanzadas enemigas tendrá una longitud de cincuenta leguas.

El recinto de la capital tendrá próximamente ocho leguas de circunferencia, y la línea de los antiguos fuertes de 13 á 14 leguas. El cuadro siguiente señala la distancia que existe entre los fuertes y el recinto de París y las alturas sobre el nivel del mar.

NOMBRES DE LOS FUERTES.	Distancias.	Alturas en metros.
Cormeilles.	12,900	168 m.
Montlignon-Domont.	13,000	127
Stains.	8,200	70
Saint-Jammes.	18,800	184
Marly.	11,800	171
Saint-Cyr.	15,700	174
Haut-Buc.	13,700	162
Villeras.	12,600	146
Palaiseau.	15,000	161
Châtillon.	4,200	162
Villeneuve-Saint-Georges.	12,700	101
Vaujours.	13,700	138

A. W.

Estudios históricos y literarios.

GÜELFOS Y JIBELINOS.

El Dante. — Extractos de la *Divina Commedia*, traducidos por Villegas en el siglo XV.

(Continuación.)

Entonces fué convocada en Empoli una dieta de los ciudadanos jibelinos de la Toscana: los embajadores de Pisa y Sena opinaron que no veían otro medio de pacificación que el de destruir completamente á Florencia, verdadera capital de los güelfos, que no dejaría de favorecer este partido. Los condes Guidi y Alberti, los de Santa Fior y los Ubaldinos, apoyaron la proposición; ésta fué aplaudida, en unos por ambi-

ción, en otros por animosidad, y en los demás por miedo: ya iba á recibir la aprobación, cuando Farinata y los Uberti tomaron la palabra: un sublime discurso que este caudillo hizo en favor de su patria la salvó: imitó en esta parte á los Coriolanos y los Camilos. La voz de Farinata triunfó en la asamblea, así como su espada en el campo de batalla. Florencia quedó bajo el gobierno de los jibelinos durante seis años: el quinto de esta reacción imperial fué cuando nació en Florencia un niño, que recibió de sus padres el nombre de Alighieri, y del cielo el de Dante.

DANTE ALIGHIERI.

Era Dante oriundo de una familia noble, de la que fué progenitor Caccia Guida Elisei: habiéndose este enlazado con la familia de los Alighieris, de Ferrara, añadió á su nombre y armas el nombre y armas de su esposa. Caccia murió en la conquista de Tierra Santa, entre los caballeros de las milicias del emperador Conrado.

Siendo Dante aun muy joven, perdió á su padre; su madre, llamada Bella, le dió muy buena educación, criándole como cristiano y como caballero. Brumeto Latini le enseñó las lenguas griega y latina: su maestro de equitación militar no se sabe quién fuese, pero la batalla de Campoldino probó que Dante había recibido buenas lecciones. Estudió filosofía en Florencia, Bolonia y Pádua, y ya hombre pasó á París á estudiar teología: cuando volvió á su patria, la encontró encendida en guerras civiles. Su enlace con la familia de los Donatis le colocó en el partido güelfo.

Dante era uno de esos hombres que cuando se deciden, lo hacen de cuerpo y alma; así es que en la batalla de Campoldino se distinguió en la carga dada á los jibelinos de Arezzo; en la que se dió á los de Pisa, subió el primero al asalto del castillo de Caprona. Después de esta victoria obtuvo las primeras dignidades del Estado: catorce veces fué nombrado embajador, y otras tantas salió con lucimiento de las misiones que se le confiaron. En el acto de ausentarse á una de estas embajadas, fué cuando al echar la vista sobre los acontecimientos y los hombres, y ver los unos gigantes y los otros muy pequeños, dejó caer estas palabras desdeñosas:

«— Si yo me quedo, ¿quién ira? Si yo me voy, ¿quién quedará?»

Las guerras civiles producen hombres de este temple, pero suelen obtener por salario la envidia y por jubilación el destierro.

Acusado Dante de concusión, fué condenado en 27 de enero de 1302, á 8,000 libras de multa y dos años de destierro, ó en caso de no pagar, á la confiscación y devastación de sus bienes, y un destierro perpétuo. Dante no reconoció el crimen que le imputaban, y obedeciendo la sentencia, abandonó sus haciendas, y se ausentó de Florencia, llevando por toda riqueza la espada con que había peleado en la batalla de Campoldino, y la pluma con que había escrito los siete primeros cantos del infierno. Sus bienes fueron confiscados y vendidos, su casa demolida y el solar sembrado de sal. Después le sentenciaron á muerte en rebeldía, y fué quemado en estatua.

Era Dante un bravo militar, excitado siempre por el amor de la patria y de la gloria; también le habían hecho gran político los muchos negocios de que fué encargado, procediendo en todos ellos con veracidad, con finura y con mucho pulso: el infortunio, la venganza y el desprecio, le hicieron después un poeta sublime. Privado como quedó de la actividad material, que tan necesaria le era á su grande alma, se dedicó á la contemplación de las cosas divinas; y mientras que su cuerpo estaba como encadenado en la tierra, su espíritu visitaba el triple reino de los muertos, y colocaba en el infierno sus odios, y en el paraíso sus amores. La *Divina comedia* es la obra de la venganza; para escribirla cortó Dante la pluma con la espada.

El primer asilo que se le proporcionó á este ilustre fugitivo, fué el castillo del señor de la Scalla: encontró aquella corte del Augusto de la edad media poblada de proscritos; uno de ellos Sagacius Muzius Gazata, historiador de Reggio: nos ha dejado noticias preciosas sobre el modo con que el señor Scalla ejercía su hospitalidad régia con los que iban á pedir un asilo en su castillo feudal.

«Allí, dice, tenían diferentes aposentos, según sus diversas condiciones: á cada uno le era señalado el correspondiente número de criados, y se le servía con separación una espléndida mesa. Las viviendas eran indicadas por emblemas y divisas diferentes; la victoria para los militares, la esperanza para los proscritos, las musas para los poetas, Mercurio para los pintores, y la gloria para los eclesiásticos. Durante la comida recorrían estos departamentos bufones, músicos y jugadores de cubiletes. Las salas estaban pintadas por Giotto, y los asuntos expresados por su pincel, tenían todos por objeto las vicisitudes de la vida humana. De tiempo en tiempo el señor del castillo convidaba á su mesa algunos de sus huéspedes, con particularidad á Guido de Castello de Reggio, llamándole con su acostumbrada ingenuidad el sencillito lombardo, y á Dante Alighieri, que le consideraba como á hombre muy ilustre y le veneraba por su talento.»

Por más honrado que se veía Dante, no le era posible sujetar su carácter á este género de vida, en la que no podía desechar la idea de la pérdida de su patria, ni acostumbrarse á la amargura del pan extran-

jero. A pesar de estos sentimientos, el poeta resistía la vuelta á su país si no entraba por el camino del honor. En 1315 fueron llamados los proscritos en virtud de una ley que les imponía la condición de pagar cierta multa: Dante, cuyos bienes habían sido vendidos en provecho del Estado y su casa arrasada, no pudo realizar la suma necesaria, y entonces le ofrecieron exceptuarle siempre que se constituyese en arresto, pasando á recibir la absolución á las puertas de la catedral á pié descalzo, vestido de penitente, y con una cuerda á la cintura. Esta propuesta, que le fué transmitida por un religioso amigo suyo, recibió la siguiente respuesta:

«He recibido vuestra carta con mucho gusto y satisfacción, viendo el deseo que tenéis, en el fondo de vuestra alma, de que regrese á mi patria. Esta prueba de amistad es tan fuerte para estrechar la mía, cuanto es raro que los expatriados conserven amigos. Como mi respuesta podría no ser tal como quizás la desease la pusilanimidad de algunos sujetos, yo la dirijo afectuosamente al exámen de vuestra prudencia. Por carta de un sobrino vuestro y de algunos de mis amigos he llegado á saber, que según la ley acabada de publicar llamando á los desterrados, parece que si yo doy cierta cantidad, ó hago una retractación pública, podré ser absuelto y restituirme á Florencia. Esta ley, padre mio, es menester confesar que contiene dos cosas ridiculas y mal aconsejadas; digo esto respecto de los que han hecho la ley, porque vuestra carta, mas discreta y sabiamente concebida, no adolece de aquel defecto.»

»Y ¿es este el glorioso modo de entrar Dante Alighieri en su patria después de quince años de destierro? ¿Se repara de esta manera una inocencia reconocida por todo el mundo? ¿Han merecido este premio mis sudores y fatigas? ¿Lejos de un filósofo esta bajeza que solo podría prestarse á ella un corazón de cieno! ¡Muchas gracias por la honra de ofrecérseme que me dé en espectáculo al pueblo, como pudiera exigirse á cualquier miserable pedante sin valor y sin fama! ¡A un desterrado de honor hacerle rendir homenaje á los que le han ofendido, como si les debiera alguna cosa! No es, padre mio, este el camino de la patria: sin embargo, si se encontrase algún otro que no pueda mancillar la fama de Dante, lo aceptaré; indicádmelo, y no titubearé en emprenderlo. Para no entrar en Florencia por la calle del honor, mejor es quedarse fuera. El sol y las estrellas se miran desde todos los puntos de la tierra: en cualquiera de ellos se halla un bien para meditar las verdades celestiales.»

Dante, proscrito por los güelfos, se hizo jibelino, y fué tan ardiente en su nueva profesión, como lo fué leal en la antigua. Creyó sin duda que la unidad imperial prestaba mas garantías al engrandecimiento de la Italia. Quizás pudo también seducirlo el carácter caballeresco de los señores alemanes, pareciéndole mas poético que el genio mercantil de la nobleza genovesa y veneciana. Cansado, pues, de la vida que traía en el palacio del señor Scalla, donde la amistad del dueño no le libertaba muchas veces de la insolencia de los cortesanos y de las chanzas del bufon, el poeta se volvió á su vida independiente. Acabó el poema del *infierno* en Verona, escribió el *purgatorio* en Gargnano, y terminó su obra del *paraíso* en el palacio de Tolmino, en el Friul. De allí pasó á Padua, donde se detuvo algún tiempo en casa de Giotto, su amigo, á quien por agradecimiento regaló la corona de cimabué: por último, se trasladó á Ravena, y allí publicó su poema entero. Dos mil copias se escribieron y reparcieron por toda la Italia; fué general la admiración al descubrir este nuevo astro aparecido en su cielo: dudaban que en la vida de un hombre se hubiesen podido escribir tantas y tales cosas. Mas de una vez sucedió, que paseándose Dante por las calles de Verona con su largo ropon encarnado y la corona de laurel en la cabeza, dijese horrorizada una madre á su pequeño hijuelo:

— ¿Ves ese hombre? ¡pues ha bajado al infierno!...

Murió Dante en Ravena el 14 de setiembre de 1321, á la edad de cincuenta y seis años. Guido de Poleta, que le había ofrecido asilo, le hizo enterrar en la iglesia de los frailes menores, con gran pompa y en traje de poeta: su cuerpo quedó allí hasta el año de 1481, que Bernardo Bembo, podestá de Ravena, por la República de Venecia, le hizo elevar un mausoleo por el diseño de Pedro Lombardo: en la bóveda de la cúpula hay cuatro medallones que representan á Virgilio, su guía, á Bruneto Latini, su maestro, á Can Grande, su protector y á Guido Calvacante, su amigo. Florencia, injusta mientras vivió, le fué piadosa después de muerto, y trató de llevarse los restos del proscrito. En 1396 le decretó un monumento público: en 1429 renovó sus instancias á los magistrados de Ravena, y últimamente en 1519 hizo la misma petición á Leon X; entre las firmas se lee esta nota:

«Yo Miguel Angel, escultor, suplico á vuestra santidad, que acceda á esta solicitud, ofreciéndome á hacer al divino poeta un sepulcro cual le corresponde, en un paraje distinguido de esta ciudad.»

Leon X no quiso acceder. ¡Magnífico hubiera sido el sepulcro de Dante, hecho por Miguel Angel!

Dante era de mediana estatura y bien formado; cara larga, ojos grandes y penetrantes, nariz algo encorbada, el labio superior menos grueso que el inferior; tenía color moreno claro, y barba y cabellos de pelo crespo: marchaba ordinariamente con paso gra-

ve, vestia con sencillez, hablaba poco, y casi siempre esperaba le preguntasen para responder, siendo conciso y exacto en sus contestaciones. Aunque su locucion ordinaria no era suelta, se producía con elocuencia en las ocasiones que lo requerian. Al paso que entraba mas en edad, se iba alejando del trato de las gentes; el hábito de la contemplacion le hizo contraer un aspecto austero, aunque él fué siempre hombre dulce y de excelentes sentimientos. Dió prueba de ello cuando por salvar á un niño que habia caido jugando en un pozuelo del batisterio de San Juan, rompió la pila por salvarlo, sin ponerle obstáculo el riesgo de que le acusasen de impio; cuyo suceso refiere en el canto diez y nueve del infierno.

Tuvo Dante en su niñez uno de estos amores que no se borran en toda la vida: fué Beatriz de Folto la que se estampó en el corazon de tal manera, que cada vez que la veía encontraba en ella una nueva belleza (1): el poeta la inmortalizó luego que fué hombre. A la edad de veinte y seis años murió este ángel de la tierra para subir al cielo; Dante la encontró en él á la puerta de la gloria, adornada con alas y despidiendo resplandores.

LA DIVINA COMEDIA.

En medio del movimiento popular que con el grito de libertad habia convertido en Repúblicas á Génova, Pisa, Florencia, Milan y otros pueblos de Italia, siguiendo el ejemplo de Venecia, nació Dante en el seno de una familia, que como se ha dicho, habia abrazado el partido democrático: tambien se ha indicado que siendo güelfo por nacimiento, se hizo jibelino á causa de la proserpcion, y poeta por venganza. Luego que determinó allá en su interior la clase de obra en que habia de derramar su veneno, se puso á discursar en qué idioma deberia escribirla para que quedase eternizada: observó que el latin era una lengua muerta, así como la sociedad que lo habia creado, y que el provenzal era una lengua moribunda, al paso que el toscano, bastardo, vivaz y popular, nacido de la civilizacion y alimentado por los bárbaros, solo necesitaba revestirlo de adornos para obtener el triunfo: hecha esta cuenta ya, no se detuvo á pensar, y puso manos á la obra, valiéndose de los conocimientos recibidos de su maestro Bruneto Latini, y de los escritores que él mismo dejó consignados en su tesoro latino: con estos elementos se atrevió á formar el gigantesco monumento que aun causa admiracion despues de cinco siglos. En efecto, la *Divina comedia* lo comprende todo; es el resumen de las ciencias conocidas, y el sueño de las no descubiertas. Cuando ya falta tierra á los piés del hombre, el poeta lo eleva con sus alas hasta el cielo, y no se sabe al leer este maravilloso poema, qué es lo que mas admira, si lo que sabe el espíritu, ó lo que la imaginacion adivina.

Dante es la edad media con sus creencias supersticiosas, su poesia teológica y su republicanismo feudal. No se puede comprender la Italia del siglo XIV sin el Dante, así como no se comprenderá la Francia del siglo XIX sin Napoleon. Las poesias de Dante son poco inteligibles por sí solas; era la moda de su siglo: esto ha obligado á formar sobre ellas largos comentarios, para que los lectores del dia entiendan lo que se confunde en el laberinto histórico de que abundan los escritos del poeta, sobre las ocurrencias de aquellos tiempos.

Véase aqui una muestra que no desagradará al lector, en los cantos primero, cuarto y treinta y dos del poema del infierno, que consta de treinta y cuatro y lo tradujo en el siglo XV don Pedro Fernandez de Villegas, arcediano de Burgos.

EL INFIERNO.

CANTO I.

ARGUMENTO.

En este canto refiere el poeta, que hallándose en medio ó la mitad del camino de la vida, ó de su edad, que entonces era de treinta y cinco años, se encontró perdido en una selva espantosa, que es la vida desarreglada en que considera haber vivido hasta entonces: añade que anduvo toda la noche, de su ignorancia, vagando hasta llegar al pié de un collado, que supone ser la virtud, y viendo que alumbraban sus espaldas los rayos del sol, ó la Divina gracia, despues de un corto descanso comenzó á subir la montaña, donde le salió al camino para impedirle el paso una onza brava y fiera, que es la lujuria, y teniendo esperanzas de vencerla y seguir adelante, se presentó un leon, que es la soberbia y la vanagloria; por último, se puso delante de una loba, que es la codicia. Estos tres animales ó vicios le aterran de tal manera, que trata de volverse. En esta situacion se le aparece Virgilio, á quien figura como imagen de las ciencias morales que pueden combatir aquellos vicios, y luego que Dante le reconoce, le pide su proteccion y ayuda: Virgilio se presta á servirle de guia y conducirlo á las mansiones infernales, para considerar las penas que

sufren los condenados, cuyo ejemplo le servirá de freno para no entregarse á los vicios. Despues de ver las penas del purgatorio, le dice que de allí podrá pasar á ver la gloria, adonde él no puede acompañarle; pero que vendrá otra alma mas digna, con la cual podrá subir al cielo.

CANTO I.

En medio el camino que va nuestra vida,
Por una grand selva me fallo y obscura,
¡O cual ella fuese, cuanto es cosa dura
Decirse! y la via derecha se olvida:
Renueva esta selva salvajia alligida,
Espanto en pensarla tan áspera y fuerte,
Que poco mas es amarga la muerte,
Y el miedo que pone su triste venida.

Mas porque se trate del bien que he fallado
Y de cosas otras que pude saber,
Diré lo escrutado, magüer mi entender,
No sabré decir cómo allí fuese entrado;
Tan lleno de sueño fuí yo y tan turbado,
Que desamparando la verace via,
Llegué donde el valle mas claro se via,
Y al pié ser conjunto me vi de un collado.

De allí reguardaba aquel valle temido,
Y en alto los rayos del claro planeta
Vestir sus espaldas, mi ansia inquieta
Entonces se siente del miedo sufrido,
Que en mi corazon ya era endurecido:
La noche pasada con tanto dolor
Comienzo á librarme del grave temor
Que así sojuzgaba mi fuerza y sentido.

Y como el aliento y la fuerza perdida
El náufrago sale del piélagó ó mar,
Y de la ribera se vuelve á mirar
La peligrosa agua que fué tan temida;
Mi ánimo que era aun puesto en fuida,
Atrás se retorna á mirar aquel paso,
Que de ánima y cuerpo me puso tan laso,
Y á nadie jamás dejó con la vida.

Allí al cuerpo flaco descanso procuro;
Despues que sentado tomé algun reposo,
La playa desierta subí deseoso
El pié de mas bajo poniendo seguro:
Mas cuasi al comienzo del puerto tan duro,
Una onza (1) ligera se opone á mi bulto,
Tornarme á las veces conmigo consulto,
Su piel era vária pintada de obscuro.

(Se continuará).

El Hotel de Ventas mobiliarias.

Este edificio está destinado á las ventas públicas hechas por medio de subastas, sean voluntarias ó sean en virtud de sentencias judiciales. Estas ventas deben hacerse bajo la direccion de los tasadores, que forman una corporacion compuesta de ochenta individuos. Sus honorarios consisten en el diez por ciento sobre el total de las ventas que se verifiquen en el establecimiento.

Las ventas públicas tienen lugar sucesivamente en el *Hotel Bullion*, y despues en la plaza de la Bolsa, número 2.

El edificio de la calle de Drouot está rodeado de las calles Grange-Batelière, Chauchat y Rossini; su forma es cuadrilonga, y se compone de tres cuerpos de edificio, de los cuales el del centro está adornado de esculturas emblemáticas: tristes emblemas que demuestran desde luego el objeto para que ha sido construido el edificio. Aqui es, en efecto, en donde se representa comunmente el último acto de las miserias parisienses.

Aunque el edificio Drouot es á primera vista vasto, es todavia muy pequeño, si se tiene en cuenta la multitud que diariamente se estaciona en sus salas, pues no solo los compradores asisten á las ventas, sino que los curiosos se extasian contemplando los cuadros de gran mérito, muebles magníficos y mil objetos de arte; y aunque la mayor parte nada pueden ó quieren adquirir, se consuelan con mirarlos. En estas salas de ventas hay otro espectáculo gratis que llama la aten-

cion de los ociosos que continuamente recorren el edificio.

Cuando llega el momento de la adjudicacion, el tasador se coloca sobre el estrado, delante de una mesa, teniendo en la mano un martillo de marfil. El pregonero anuncia y enseña el objeto que se pone á la venta: un cuadro, por ejemplo; proclamando al mismo tiempo el precio. Entonces empiezan las ofertas, y á medida que se hacen se van indicando en alta voz; pero en el momento que cesan, el tasador levanta su maza de marfil y grita:

— ¡Una! ¡dos! ¡tres!

Si despues de estas palabras se observa el mayor silencio, hay una voz que añade:

— ¿Hay alguno que quiera hacer una nueva puja?

Si nadie contesta á esta pregunta, el mazo toca en la mesa, lo que quiere decir que el objeto puesto á la venta ha sido adjudicado, quedando, por consiguiente, terminada esta operacion.

La venta de los objetos de arte solo se ejecuta en las salas del primer piso, á las que se penetra por la puerta que da á la calle de Drouot, á fin de separar la clientela escogida que asiste siempre á estas subastas, de la multitud que recorre las salas destinadas á los muebles.

El dibujo que presentamos á nuestros lectores representa la venta de cuadros antiguos y modernos, procedentes de la sucesion de Blin. A este concurso, que asistieron no pocos curiosos y aficionados, se presentaron cuatro cuadros firmados por Honde Koeter, que representaban pájaros y animales de corral. El valor de estas pinturas pasó de 35,000 francos; uno solo llegó á 1,650. El cuadro mas disputado fué la *Fiesta en el interior de una casa rústica*, pintado por Harlem Adriaan van Ostade, porque despues de una lucha interminable se adjudicó en 76,000 francos.

L. C.

Tahona central de la Asistencia pública.

SALA DE LOS HORNOS Y DE LOS AMASADORES MECÁNICOS.

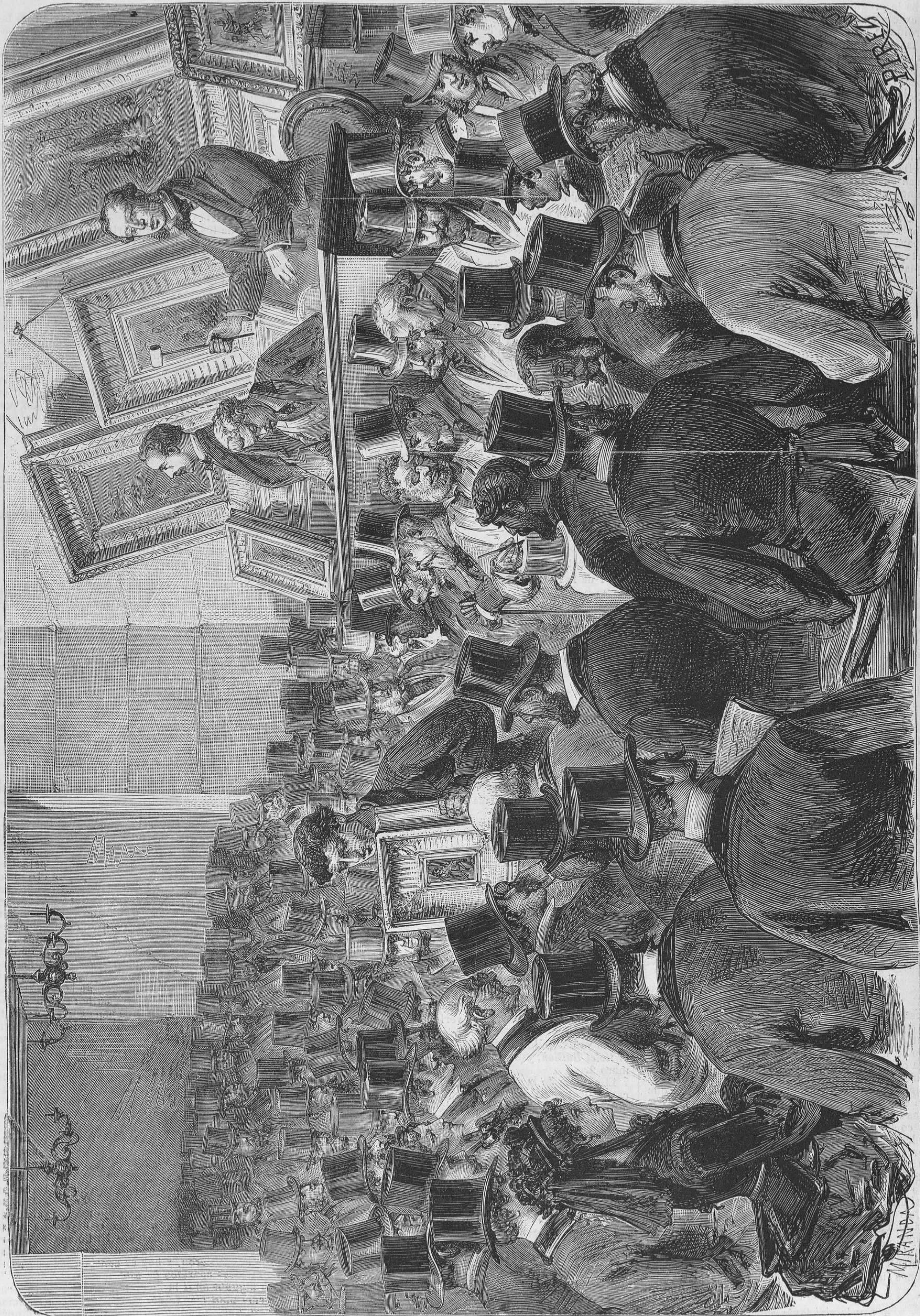
La descripcion que dimos en nuestro número 1,104 acerca del notable establecimiento municipal destinado á la alimentacion de los hospicios de Paris, no seria completa si no reprodujéramos la magnífica sala en donde se amasa y cuece el pan. Nuestro grabado muestra en un lado la série de amasadores mecánicos Boland, que van á ser reemplazados muy en breve como ya hemos dicho, por un sistema nuevo y perfeccionado; y en el otro están los hornos en donde la pasta colocada en cestillos de mimbre se ve sujeta á la coccion. En el momento en que se ejecuta la fabricacion del pan, la vista de esta vasta sala no deja de ser curiosa; los hélices, girando bajo el impulso del vapor, mueven la pasta; los hornos encendidos, proyectando sus resplandores en medio de la atmósfera; los hombres, medio desnudos, armados de largas palas, recogen los panes del fondo de los hornos: todo esto ofrece al visitante un cuadro extraño y algo fantástico. Aunque los amasadores Boland van á desaparecer muy pronto, no son por esto menos notables, y no seria justo olvidar los servicios que han prestado y los progresos que han realizado en la fabricacion del pan. Hacia ya mucho tiempo que algunas personas inteligentes se habian esforzado en buscar el medio de sustituir la mano del hombre por medio de una máquina ingeniosa, hasta que por fin se inventaron las máquinas Boland. En 1760, un atrevido innovador llamado Solignac, presentó á la Academia de ciencias un aparato destinado á amasar una gran cantidad de harina, y que se reducía á un gran rastrillo dotado de un movimiento circular que le comunicaba un manubrio, y que agitaba y movia la pasta. La experiencia se hizo delante de una comision de la misma Academia, y en menos de un cuarto de hora el feliz inventor consiguió confeccionar un pan de buena calidad. A pesar de este feliz resultado, el aparato no tardó en ser pronto olvidado. Un año despues, un tahonero llamado Cousin hizo una experiencia parecida con el auxilio de un aparato que se asemejaba mucho al anterior; pero el pan que se obtuvo en el ensayo, que se hizo tambien delante de una comision de la Academia, era pesado é indigesto; este defecto se atribuía á que no se introducía en la pasta sino una pequeña cantidad de aire.

En 1811 se habló mucho de un aparato que su inventor, que se llamaba Lambert, le puso el nombre de *lambertine*; era una caja de madera que por medio de un movimiento de rotacion que tenia al rededor de un eje horizontal, operaba la mezcla de la harina con el liquido. Como el movimiento de este aparato no se asemejaba en nada al trabajo manual, el resultado fué deplorable, y hasta fué el objeto de justas censuras. Algun tiempo despues M. Boland pudo por fin vencer los obstáculos que un gran número de tahoneros le opusieron, y hoy es considerado como uno de los mejores aparatos de este género.

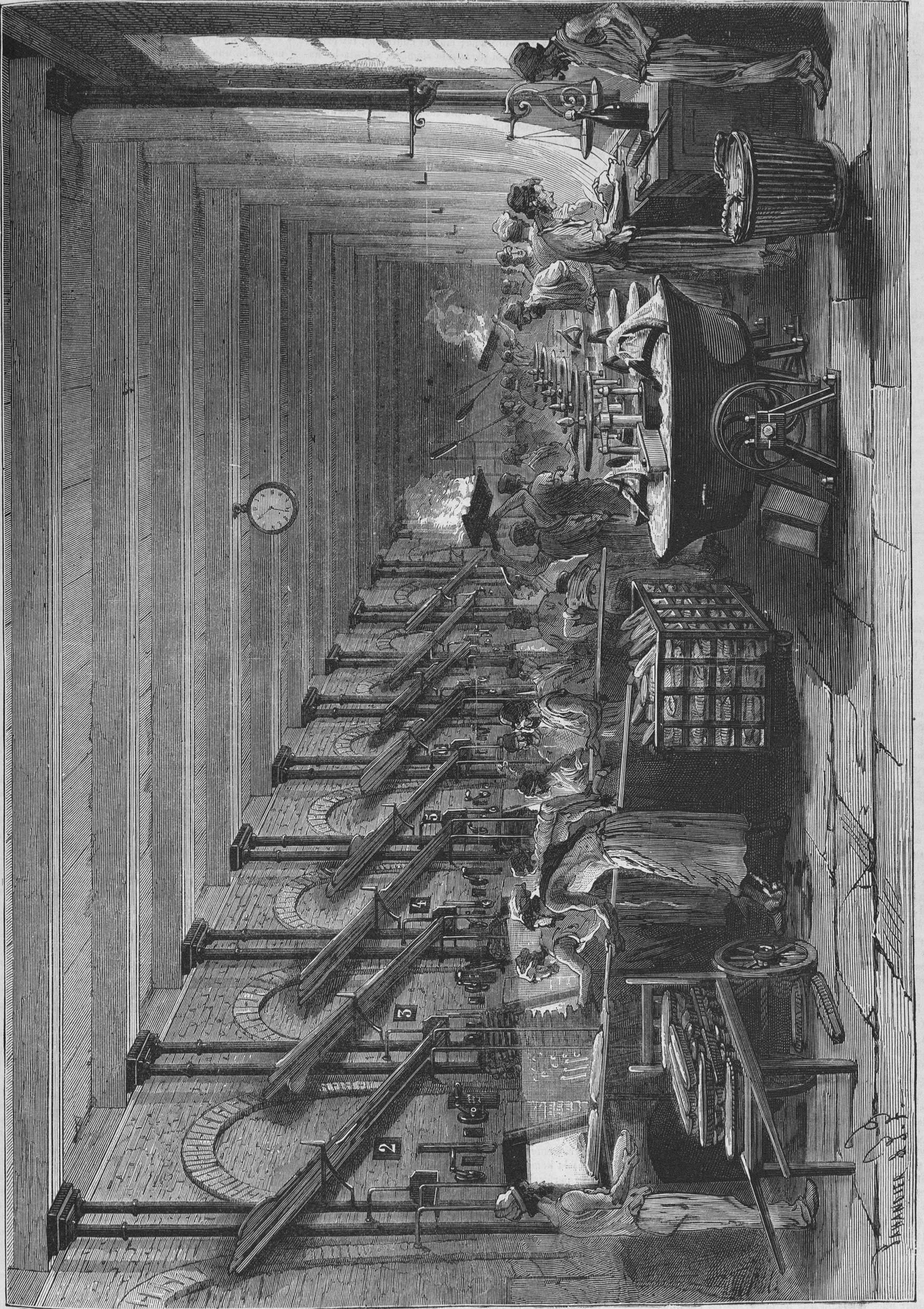
Hace algunos años la direccion de la Tahona central formó unos magníficos silos para la conservacion del trigo, que se componen de grandes cajas cilindricas, de hierro, que no tienen menos de 6 metros

(1) *Io non la vidi tante volte ancora,
Ch'io non trovassi in lei nuova bellezza.*

(1) El vicio de la concupiscencia.



TIPOS Y FISIONOMÍAS DE PARIS. — Una venta de cuadros en el hotel Drouot.



PANADERÍA MODELO DE LA ASISTENCIA PÚBLICA EN PARÍS. — Sala de los hornos y de los amasadores mecánicos.

FRANCK & CO.

45 centímetros de altura y 3 metros 50 centímetros de diámetro, pudiendo caber en cada una 600 hectólitros.

El trigo está colocado sobre un doble fondo cubierto de agujeros que permiten que un ventilador establezca una fuerte corriente de aire. Cuando el cilindro formado de hierro batido está lleno de trigo, se hace funcionar el ventilador; entonces el aire interpuesto entre los granos desaparece, siendo sustituido por el azoe, que se le prepara fácilmente, haciendo pasar una corriente de aire sobre un hierro candente. Cuando esta operación queda terminada, los silos se tapan herméticamente, y el trigo, encerrado así, puede conservarse muchos años, sin que haya el menor temor á la acción de los insectos parásitos y de los gusanos, que tantos estragos causan en los granos. También está al abrigo de la fermentación y desorganización que ocasiona no pocas veces su contacto con el oxígeno atmosférico.

Por esta breve descripción comprenderán nuestros lectores que la organización de la Tahona central ha sido admirablemente concebida, y que los diferentes mecanismos que en la misma funcionan son ingeniosos. Esta tahona es seguramente un modelo, pues lejos de desechar las innovaciones que pueden ser útiles á la fabricación del pan, la dirección posee la rara cualidad de hacer inmediatamente la experiencia. El arte de hacer pan es tan antiguo como la humanidad: « Amasad tres medidas de harina, dijo Abraham á Sara, y despues haced cocer los panes sobre las cenizas. » Tal vez se creará que una fabricación tan antigua se pondría en práctica en todos los pueblos y en todos los países, y que habia llegado á su mayor desarrollo. Lejos de ser así, la fabricación del pan, mirada bajo el punto de vista teórico, es muy moderna, pues ha sido necesario el auxilio de la química para que llegara al grado de perfección que hoy vemos á esta importante industria. Como los medios mecánicos que se emplean son de una fecha muy reciente, confiamos que en el sistema de la elaboración del pan se han de introducir notables mejoras.

G. T.

Revista de Paris.

La semana última hablamos á nuestros lectores de un singularísimo incidente académico que daba pasto á todas las conversaciones. Era el caso que la Academia francesa se negaba á permitir la lectura del discurso de recepción de M. Emilio Ollivier, porque en él se cantaban las alabanzas del Imperio. Esta determinación indujo á creer que los elogios rechazados debían tener un tono verdaderamente altisonante, algo de subversivo que no podía en efecto tolerarse en la actual situación que se llama de tregua, si no de paz entre todos los partidos. Pero hé aquí que 24 horas despues de escrito el artículo en que contábamos la ocurrencia que habia tenido el don de excitar los ánimos y de apasionar á los parisienses, encontramos en los diarios el texto íntegro del discurso de M. Ollivier, sin faltarle ni un punto ni una coma, tal como se leyó en el seno de la comisión nombrada para su exámen, y por lo tanto con el cuerpo del delito que motivó la censura.

Vamos derechamente al grano, puesto que podemos juzgar con pleno conocimiento de causa.

M. Emilio Ollivier citaba un párrafo de las Memorias de M. de Lamartine, en el cual el gran poeta decia lo siguiente, acerca de Napoleon III:

« Despues de haber tenido varias conversaciones con el emperador en circunstancias graves, reconocí en él al hombre de Estado mas eminente de todos aquellos que, sin ninguna excepcion, he conocido en mi larga vida entre los hombres de Estado »

Y M. Emilio Ollivier agregaba estas palabras:

« Si le hubiera tratado mas, si hubiese puesto á prueba su gran corazón, su espíritu tan recto y ameno, la bondad de su majestad apacible; si hubiese venido á ser el confidente de sus pensamientos siempre inclinados hacia el bien público y al alivio de los que padecen; si hubiese sido testigo de la lealtad con que fundó y puso en práctica las instituciones mas libres que ha tenido nuestro país; si le hubiese contemplado modesto en la prosperidad, augusto en el infortunio, habria hecho mas que ser justo con él, le habria cobrado cariño. »

Francamente, cuando conocimos la resolución de la Academia, creimos que el discurso de M. Emilio Ollivier, con pretexto de hacer el panegirico de Lamartine, no hacia otra cosa que cantar las grandezas del Imperio, y pensamos que el ministro que habia tenido la fatalidad de hallarse al frente de los negocios públicos cuando se llevó á efecto la aventura terrible de la guerra con la Prusia, era quizá el que menos se hallaba en situación de ostentar así sus sentimientos políticos. Nos equivocamos en verdad; pues el elogio que ha merecido las censuras académicas no puede ser mas sóbrio é inofensivo, y el pú-

blico á una vez lo ha juzgado así, creemos que con justicia.

A mayor abundamiento, es sabido que los discursos académicos se encierran rara vez en el dominio de la literatura propiamente dicha; muy al contrario, las excursiones políticas se han permitido siempre, y hasta ha habido ocasiones en que se han hallado muy en boga. Durante el imperio, sin ir mas lejos, se celebraban mucho las alusiones de oposicion menos disimuladas al sistema de entonces, tanto mas, cuanto los sufragios se conquistaban á veces justamente porque los candidatos eran contrarios al imperialismo. Es un precedente que no ha olvidado el público en la cuestion actual, y que ha contribuido sobremanera á la protesta poco menos que general con que se ha recibido el fallo académico.

Sea como quiera, la ilustre corporación viene á encontrarse ahora en un compromiso. Publicado el discurso de M. Emilio Ollivier y la contestación de M. Augier, en la cual se insiste, como era de esperar, en el elogio del Imperio, claro es que la ceremonia no puede efectuarse, que los dos discursos no pueden leerse ya en sesion solemne. Emilio Ollivier es académico, sobre este punto no cabe discusión de ninguna especie; pero ¿cómo ocupará su puesto sin que preceda la lectura del discurso, que, por la razón que hemos apuntado ya, no puede leerse?

Para decidir este punto hubo el martes una reunion extraordinaria, poniéndose á la órden del día la modificación del reglamento. Solo así se podia salir del apuro.

Las noticias que tenemos sobre lo tratado en esta asamblea son escasas; parece ser que no se consiguió llegar á un acuerdo, y que la cuestion quedó pendiente para otro día.

Sin embargo, se añade que la resolución definitiva será la siguiente: No habrá recepción pública; pero M. Emilio Ollivier podrá tomar parte en las sesiones de la Academia, ocupando el sillón que le está destinado; de no ser así, habria quedado vacante de hecho el sillón de Lamartine.

Fuera de este asunto, la crónica de la semana nos señala un acontecimiento bien triste para el arte.

Una de las actrices mas célebres y simpáticas de Paris, Mlle Desclée, acaba de bajar al sepulcro al cabo de una enfermedad que ha sido medio año de horribles torturas.

Grande es el dolor de sus admiradores, porque realmente la pérdida es irreparable.

¡Cuán corto tiempo la ha distinguido el público!

Alejandro Dumas viajando en el extranjero, tuvo ocasion de verla en Bruselas, y sorprendido de su talento, hizo que la ajustaran en el Gimnasio, donde apenas ha representado tres ó cuatro dramas. En sus primeros años habia trabajado en Paris, pero con poco éxito; y se decidió á correr mundo, haciéndose aplaudir en San Petersburgo, en Turin y en la capital de Bélgica.

No queria volver á Paris, y resistia con empeño á las instancias de Dumas.

— No, decia al autor célebre, que la solicitaba comprendiendo lo que valia; no exijais que vuelva á presentarme á los parisienses, que deben conservar de mí un triste recuerdo. Me contento con interpretar vuestras obras y las de vuestros compañeros, creadas por otros artistas, aquí en el extranjero, como yo las siento, y debo todo mi nombre á esta libertad de que disfruto. Los extranjeros están acostumbrados á mi manera, á mis excentricidades; y además, si tengo fuerzas para trabajar cinco ó seis noches, no las tendria para los centenares de representaciones que en Paris son tan comunes.

El mismo Alejandro Dumas repite estas palabras en el discurso que pronunció al borde de la tumba de Mlle Desclée, en medio de una afluencia inmensa compuesta de notabilidades del mundo literario y artístico.

Y con efecto, llega á Paris, se pone en escena *Frou-Frou*, que alcanza, gracias á su talento, cien representaciones, y Mlle Desclée se apresura á escribir á Dumas:

— Adios, estoy cansada, cansada hasta un punto que no podria decirlo. Salgo de Paris inmediatamente. Me habeis dicho que teneis una jóven que os da las mejores esperanzas. Aconsejad al empresario que la pruebe este verano, y si puede reemplazarme devolvedme mi libertad, no puedo seguir adelante. Os hablo francamente, sin acritud, sin envidia y hasta sin sentimiento. Tendrais que decirme que os soy indispensable para infundirme valor y continuar trabajando.

Seguramente lo era, y esto lo podemos afirmar todos cuantos la hemos admirado en la *Princesa Jorge*. No cabe mas perfección en el arte. La imponderable Rachel, en su famosa creación de Adriana Lecouvreur, no logró conmover jamás hasta tal punto.

Habia en Mlle Desclée como un sello de fatalidad que llegaba al alma. Dumas, que estaba en el secreto de aquella existencia martirizada por el mal interno que la habia llevado al sepulcro, debia experimentar como un remordimiento en presencia del sacrificio que la exigia.

Así afirma que sabe muy bien lo que la debe.

El trabajo era su muerte, porque se identificaba con su papel hasta un punto increíble.

Al caer el telon quedaba como exánime, y á veces pasaba media hora antes de reponerse.

Por fin se sintió enferma; la necesidad de reposo se hizo indispensable.

Pero el empresario no la abandonaba. Cuantas veces mostraba una veleidat de retirarse, otras tantas le enviaba un nuevo ajuste con mejores condiciones pecuniarias.

¡Qué lucha! Dumas cita en su discurso la siguiente carta:

« No firmaré si no lo mandais categóricamente, y para eso tendreis necesidad de llevarme la mano. Yo acabaré por entrar en un convento, es mi idea fija. ¿Qué hago yo aquí? ¿Por qué ese movimiento, esas combinaciones, esos estudios inútiles? ¿Por qué ese oficio propio de saltimbanquis, esa existencia vacía, monótona y ruidosa al mismo tiempo? Pintarse el rostro, comprimir el corazón, cambiar el color del cabello, y luego, con una convicción estudiada, recitar palabras en que á veces ni siquiera se piensa, mentir, engañar los ojos y los oídos de la multitud para que se divierta algunas horas; ¿qué vale, qué significa todo eso?... Pero, ¡Dios mio! ¿por qué no soy dichosa, por qué no estoy contenta por lo menos? No tengo que quejarme de nada ni de nadie. ¡Qué de mujeres en mi lugar bendecirían al cielo! El teatro está atestado siempre, todas las noches llueven sobre mí coronas y flores; y sin embargo, esos grandes triunfos me dejan con la mayor indiferencia... Sí, sí, que venga otra: hay un puesto vacante, yo quiero morir en un convento. »

Ahora que conocemos estos detalles, comprendemos perfectamente aquella originalidad tan marcada que Mlle Desclée sabia dar á sus creaciones. Era el reflejo de una lucha interna, la fiebre de la agitación en que vivía entre los deberes que se habia impuesto y los sentimientos mas íntimos de su naturaleza enfermiza. Esta fiebre la dominaba y operaba en ella como una transformación, en la cual existia solo durante algunos instantes su inmensa iniciativa artística. Un temblor nervioso la agitaba, y su voz conmovida comunicaba una parte de aquella agitación á los espectadores. Se sentia como una especie de inquietud cuando ella estaba en las tablas.

En la primera escena de la *Princesa Jorge*, cuando al cabo de una prolongada ausencia vuelve al hogar doméstico, donde debe encontrar á su esposo, no hay palabra, no hay movimiento que no produzca ese sentimiento de pavor: los presentimientos que embargan su ánimo se hacen comprensibles sin que los indique, y se adivina ya el desenlace fatal que la espera.

Fué su último triunfo. La enfermedad hizo progresos y la alejó para siempre del teatro.

Hé aquí otros párrafos del discurso de Dumas:

« Estos últimos seis meses fueron un verdadero martirio. Y en medio de todo ni una imprecación, ni un reproche; el cuerpo se rebela á veces, el alma nunca. Ni una palabra sobre cosas de teatro: no era ni una ingratitud ni una venganza, sino el derecho que habia adquirido por medio de los sufrimientos á pertenecerse á sí misma. La noche que dormia una media hora y algunas veces una, era á fuerza de láudano y de morfina, y en medio de su insomnio su pensamiento se llenaba de tristes recuerdos y de fantasmas, que la producian la calentura. « Deseo mucho los dolores, decia un día, pues así no pienso en nada. » Algunos momentos la colocaban cerca del balcón; y cuando los dolores la dejaban descansar, que era muy pocas veces, leia; otras miraba de cuando en cuando á la calle al través de las colgaduras, recordando sin duda que muchas de las personas que por allí pasaban la habrian aplaudido en tiempos mejores, y que no creian que en aquel momento se hallase próxima á morir.

» Su perro, ese compañero que todos hemos conocido, dormia á su lado; y en medio de los cantos de los pájaros que tenia en una habitación próxima, se la veia algunas veces una lágrima que se desprendia de sus hermosos ojos, porque al fin era una mujer, una jóven que nada esperaba de este mundo.

» Un día sus padecimientos se agravaron de tal modo, que ya no fué posible trasladarla cerca del balcón; su antigua criada, que la cuidaba con la misma solicitud y ternura que si hubiese sido su madre, no sintiéndose con fuerzas bastantes para continuar sola á su lado, llama el auxilio de una hermana de la caridad. Apenas se colocó esta al lado de la enferma, la hizo algunas indicaciones respecto á los socorros que en semejantes casos presta la religion. Este fué el momento de alegría que demostró la enferma durante seis meses de sufrimientos. ¡Qué dicha! exclamó. ¡Por fin!... Entrad, padre mio, y seais bien venido, dice al eclesiástico, á quien ya consideraba como el mensajero que la anunciaba su salida de este mundo.

» Los hombres habian faltado á la verdad diciéndola que no moriria; pero Dios la habia advertido que iba á dejar este mundo. Despues de dar las gracias á Dios se confesó. « Es una hermosa alma, » dice el eclesiástico al salir.

» La ví algunas horas despues de concluida esta triste ceremonia. « ¿Por qué no he muerto ya? Cuando un mo-

» ribundo se confiesa tiene el derecho de morirse. ¿Por
» ventura me habrán engañado otra vez?

» Desde este momento guardó el mas absoluto silen-
cio. Ya habia dicho las ultimas palabras que queria pro-
nunciar sobre la tierra, y puesto que habló á Dios, creyó
profanar este santo nombre si dirigia uno solo de sus pen-
samientos á los hombres. »

Parece ser que Mlle Desclée ha dejado cierto número
de cartas, que M. Alejandro Dumas se propone reunir en
un volumen, que se publicará con un prólogo del célebre
autor y un retrato de la malograda artista.

No nos queda espacio suficiente para echar nuestra
acostumbrada ojeada á las novedades teatrales de la se-
mana.

Diremos no obstante que en la noche del miércoles ha
habido en el Vaudeville una primera representacion su-
mamente brillante. Se ponía en escena la obra de un no-
velista, M. Flaubert, titulada el *Candidato*, y tanto el
nombre del autor, como las intenciones políticas que se
suponian á la nueva comedia, habian llamado al Vaudeville
una reunion formada en su mayor parte de altas nota-
bilidades. La obra no excitó demostraciones entusiastas;
es todo lo que diremos por hoy, reservando el análisis pa-
ra nuestra próxima revista.

MARIANO URRABIETA.

SOBRE LOS VIAJES POR ESPAÑA

DEL

BARON ROSMITHAL DE BLATNA

Y DEL

MAGNIFICO MICER ANDRÉS NAVAGERO.

(Continuacion.)

MERCURIO.

Ninguna dubda tengas d'eso. El emperador le res-
pondió que se maravillaba de lo que el rey de Ingla-
terra hacia, y creia no estar él bien informado de lo
que habia pasado; mas pues que así él lo queria, no
podía hacer sino defenderse, y rogaba á Dios que el
rey de Inglaterra, no le diese á él mas causa de ha-
cerle la guerra de lo que pensaba habérsela él dado (1).

CARON.

¿Por qué decia el emperador eso?

MERCURIO.

Porque habia sabido lo que al principio te dije, que
el rey de Inglaterra andaba, por dejar la reina su mu-
jer, con quien ha estado casado mas de veinte annos,
y tomar otra.

CARON.

¿Es posible?

MERCURIO.

Así pasa.

CARON.

Ahora te digo, Mercurio, que no queda fe en el
mundo, pues ese rey se pone hacer cosa tan fea como
esa. ¿Da alguna causa para ello?

MERCURIO.

Dice que la dispensacion que hobieron del papa
para casarse, habiendo ella sido casada primero con
un hermano del mismo rey, no es bastante.

CARON.

¿Pues no está ahí el papa que les dará otra?

MERCURIO.

Antes, el emperador tiene en su poder la mesma
dispensacion y es mas que bastante.

CARON.

¿Pues qué desvergüenza es esa?

MERCURIO.

Tiénela perdida aquel cardenal que es d'ello causa.

(1) En efecto, Enrique VIII ignoraba que su rey de ar-
mas hubiese ido á desafiar al César, porque esto lo dispu-
so sin su consentimiento Wolssey en venganza de no ha-
berle ayudado Carlos V á ser papa. Véase el tomo I, pá-
ginas 170 y 171 de los *Anales de la Biblia inglesa*, escritos
por C. Anderson y citados en el prólogo puesto á estos
diálogos en la edicion de 1850.

Siendo pues esa reina, tia del emperador, claro está
que queriendo el rey de Inglaterra hacerle una tan
grande injuria, de razon él no lo habia de sufrir, y
por eso le dijo que pluguiese á Dios, que no le diese
mas causa el rey de Inglaterra para hacer la guerra,
que él pensaba habérsela dado.

CARON.

Dígote que tiene mucha razon de no sufrirlo.

MERCURIO.

Lo mesmo creo que hará el rey de Portugal, pues
es tambien sobrino de esta reina y aun le toca á él
mas esto que no al emperador, pues siendo bastante
la dispensacion, si el rey de Inglaterra persevera en
dejar la reina su mujer vernia á impugnar el poder
del papa. Y si la cosa se sufriese, luego tan poco ha-
bria sido legitimo el matrimonio del rey Don Manuel
de Portugal con Doña Maria su mujer, madre de este
rey de Portugal y de la emperatriz (1).

CARON.

Aun no habia yo caido en ello. ¿No miras, Mercu-
rio, cuántos inconvenientes se seguirán, si perseve-
rase el rey de Inglaterra en lo que dicen haber co-
menzado?

MERCURIO.

Pues aun mas hay. Que muy mas verisimil es que el
papa tenga poder para dispensar en el matrimonio de
Inglaterra que no en el de Portugal, porque en la ley
dada al pueblo de Israel está mandado, que si el ma-
rido muriese sin hijos, su hermano segundo se case
con la mujer viuda, como hizo el rey de Inglaterra.
Por donde parece, que el casamiento de Inglaterra no
solo no es prohibido *de jure divino*; mas era en la ley
mandado que así se hiciese, lo que no se puede decir
del matrimonio de Portugal. Y habiéndose despues
prohibido por constitucion humana, el que dudase
que el papa no tiene poder para dispensar en ello de-
bria ser tenido por hereje.

CARON.

Ahora te digo, Mercurio, que si á semejantes cosas
se da lugar, no me arrepentiré yo de haber hecho mi
galera.

MERCURIO.

Pues allende d'esto, porque el rey d'armas de Ingla-
terra habia dicho al emperador que él haria que hi-
ciese por fuerza lo que no habia querido hacer de gra-
do, respondiolo el emperador: que hasta agora él
habia siempre condescendido, por amor del rey de In-
glaterra á hacer mas de lo razonable, y pues él agora
decia, que se lo haria hacer por fuerza, él hablaria de
otra manera, y esperaba en el ayuda de Dios y en la
lealtad de sus súbditos, de guardar tan bien los hijos
del rey de Francia, que nunca se los habia de tornar
por fuerza.

CARON.

Ves ahí una respuesta no menos de ánimo esfuerza-
do que modesto.

MERCURIO.

Allende de esto, pedian en los carteles, que de la
una parte y de la otra se diesen cuarenta dias de tér-
mino á los mercaderes para retirar sus personas y
bienes.

CARON.

Eso bien lo concederá el emperador.

MERCURIO.

No hará, porque los franceses é ingleses ha ya mu-
chos dias que tienen avisados á sus mercaderes, y
bástales aquel término para retirar sus mercaderías:
lo que no hace á los súbditos del emperador porque
no están avisados ni lo podrian en tan breve tiempo
hacer.

CARON.

Eso no entiendo yo.

MERCURIO.

Yo te lo diré. Como los franceses et ingleses sabian
á qué tiempo el emperador habia de ser desafiado, y
eran ciertos del rompimiento, avisaron á sus merca-
deres con tiempo, que no llevasen sus mercaderías á
tierras del emperador.

CARON.

¿Cómo sabes tú eso?

MERCURIO.

Sélo porque los ingleses hicieron esto públicamente
ocho meses antes del desafio; y los franceses estaban
tan bien prevenidos, esperando el rompimiento, que
tenian por cierto, como parecia por el cartel que el

(1) Doña Maria, hija de los Reyes Católicos, segunda
mujer de Don Manuel de Portugal. Esta Doña Maria era
por tanto hermana de Doña Catalina, mujer de Enri-
que VIII.

rey d'armas de Francia leyó fecho á xi de noviembre.

CARON.

¿Es posible que diese cartel con esa fecha? Agora
te digo que Dios ha cegado á los franceses el enten-
dimiento; no queriendo que sus trampas queden en-
cubiertas. No vi mayor necedad en mi vida, que dar
un cartel en que desafiaban por cosas no ocho dias
antes pasadas; fecho dos meses y medio antes. Como
que tan necios eran los embajadores y su rey d'ar-
mas, que no sabian mudar aquella fecha?

MERCURIO.

Si ellos la mudaran ¿cómo se pudiera saber de cier-
to el engaño? Créeme Caron, que no hace Dios las
cosas sin causa. Y, porque no se me olvide, te quiero
decir cómo, cuando los reyes d'armas acabaron de
leer y decir sus carteles, se vistieron las cotas de ar-
mas que traian en los brazos.

CARON.

Ea, declárame esa cerimonia.

MERCURIO.

Como despues de hecho el desafio, quedan declara-
dos enemigos del desafiado, vistense sus cotas d'ar-
mas, por seguridad de sus personas, que antes de
declararse por enemigos no lo han menester.

CARON.

¿Qué semblante tenia el emperador, cuando todo
eso pasaba?

MERCURIO.

No vi cosa allí de que me holgase, sino de la gra-
vedad et majestad que el emperador tenia, así
cuando oia como cuando respondia; sonriéndose al-
gunas veces de oír las desaforadas mentiras, que
aquellos reyes d'armas de parte de sus reyes se de-
jaban decir. Y hecho esto, el emperador se levantó y
llamó á sí al rey d'armas de Francia, al cual dijo, que
dijese al rey, su Señor, que le restituyese todos sus
súbditos, que despues del concierto de Madrid, contra
razon y justicia habia hecho, ó permitido, prender y
maltratar, donde no que él trataria los súbditos del
rey, que están en sus reinos, como él tratase los su-
yos, y que no respondiéndole á esto, dentro de cua-
renta dias, él se ternia por respondido. El rey d'ar-
mas dijo que lo haria; y el emperador le tornó á de-
cir: «Pues decid mas al rey vuestro Señor, que no sé
si ha sabido lo que en Granada dije al Presidente de
Burdeos su embajador, que es cosa que mucho le
toca. Y en tal caso le tengo yo por tan gentil Princi-
pe, que si lo supiese me habria ya respondido; que
hará bien de saberlo, y conocerá cuánto mejor le he
yo guardado, lo que en Madrid le prometí que no él á
mí lo que me prometió.»

CARON.

¿Qué fué eso que dijo el emperador al embajador
de Francia?

MERCURIO.

¿No te acuerdas de lo que te conté, que le habia
dicho, cuando juntamente con los otros embajadores
de la liga le requerian que le restituyese sus hijos?

CARON.

Sí, sí, ya te entiendo. Dígote que esas fueron pala-
bras de verdadero principe, y que sus súbditos le son
en mucha obligacion, pues quiere poner en tablero su
vida, porque ellos no reciban daño. ¿Crees tú que el
rey de Francia responderá á eso?

MERCURIO.

Pienso yo que buscará alguna arte, con que en al-
guna manera satisfaga al vulgo, y se guarde él de pe-
ligro, queriendo mas destruir sus súbditos que su
persona por ellos. Acabados pues los actos del desa-
fio, el emperador mandó que los reyes d'armas fuesen
muy bien tractados y que ningun enojo les fuese he-
cho. E yo volando, soy venido á hacerte saber estas
nuevas, á tí tan agradables como á mí enojosas.»

Aunque mezclada la descripcion del desafio con la
defensa del emperador, aquel suceso aparece aquí
pintado con vivimos colores y referido como por
persona que á él estuvo presente. Navagero, aun quan-
do estaba ya prisionero, tuvo conocimiento de hecho
tan notable, y da cuenta de él en estos brevísimos
términos:

«Ordenaron juntos los embajadores franceses é in-
gleses que los heraldos de sus reyes que estaban ha-
cia ochó dias en España para este efecto, si la paz no
se concluía, fuesen solemnemente con sus vestidos de
ceremonia á declarar la guerra al emperador.»

Esto aconteció entre diez y once de la mañana, co-
mo hemos dicho, tomándolo de Sandoval, que señala
con tanta puntualidad el caso, y aquel mismo dia sa-
lieron todos los embajadores para Poza de la Sal cus-
todiados por tropas de la guardia del emperador, lle-
gando la comitiva aquella noche á Villaverde, y al dia
siguiente, 23 de enero, al lugar diputado para confi-
namiento temporal de aquellos ilustres personajes.

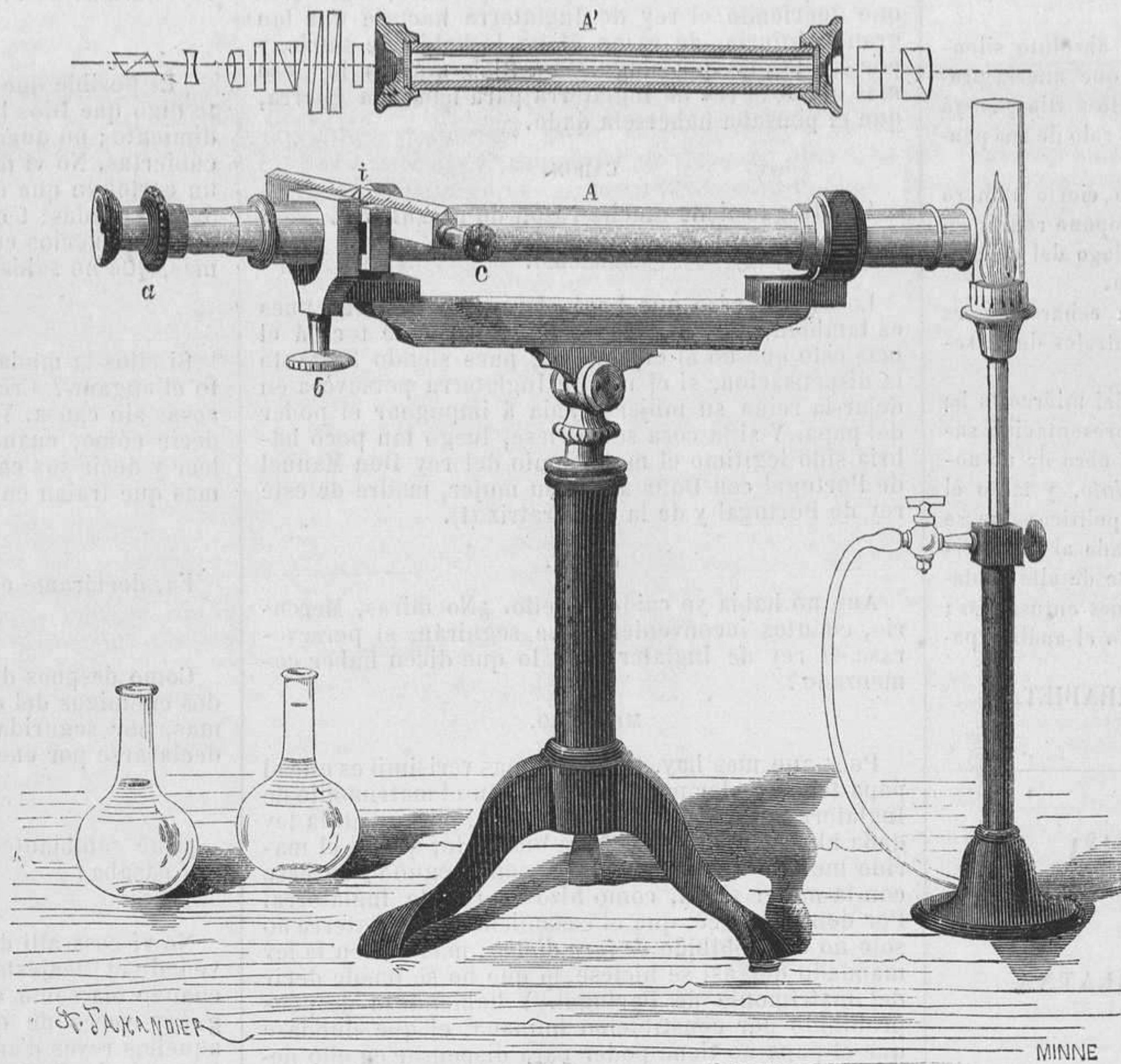
(Se concluirá.)

El sacarímetro.

Hé aquí un curioso aparato muy usado en los laboratorios para determinar la naturaleza y proporción del azúcar que contienen las disoluciones. El sacarímetro, tal como le representa nuestro dibujo, está basado en las leyes de la polarización rotatoria que no nos es dable resumir, porque nos arrastrarían demasiado en el dominio de la alta física.

A falta de nociones teóricas, en cuyo detalle no podemos entrar, daremos una noticia sobre la práctica del instrumento.

Al frente de la abertura del sacarímetro colocan una lámpara de gas, de tal manera que la luz atraviesa el instrumento pasando por su eje. Se llena de agua destilada un tubo A, parecido al que encierra la disolución azucarada que se quiere ensayar; le fijan en el aparato, como se ve en el dibujo, y luego aplicando el ojo ó la parte opuesta á aquella en que está la luz, hacen mover un ocular por medio de unos resortes *a b*, hasta que se distingue una superficie circular dividida en dos semicírculos iguales, colocados en ambos con un solo matiz. Los dos semicírculos ofrecen primitivamente distintas coloraciones, y por tanteos las llevan al mismo aspecto. Por medio del resorte *c*, se adelanta entonces en uno ú otro sentido una escala



El Sacarímetro, instrumento que sirve para saber la dosis del azúcar y determinar los derechos que paga el gobierno.

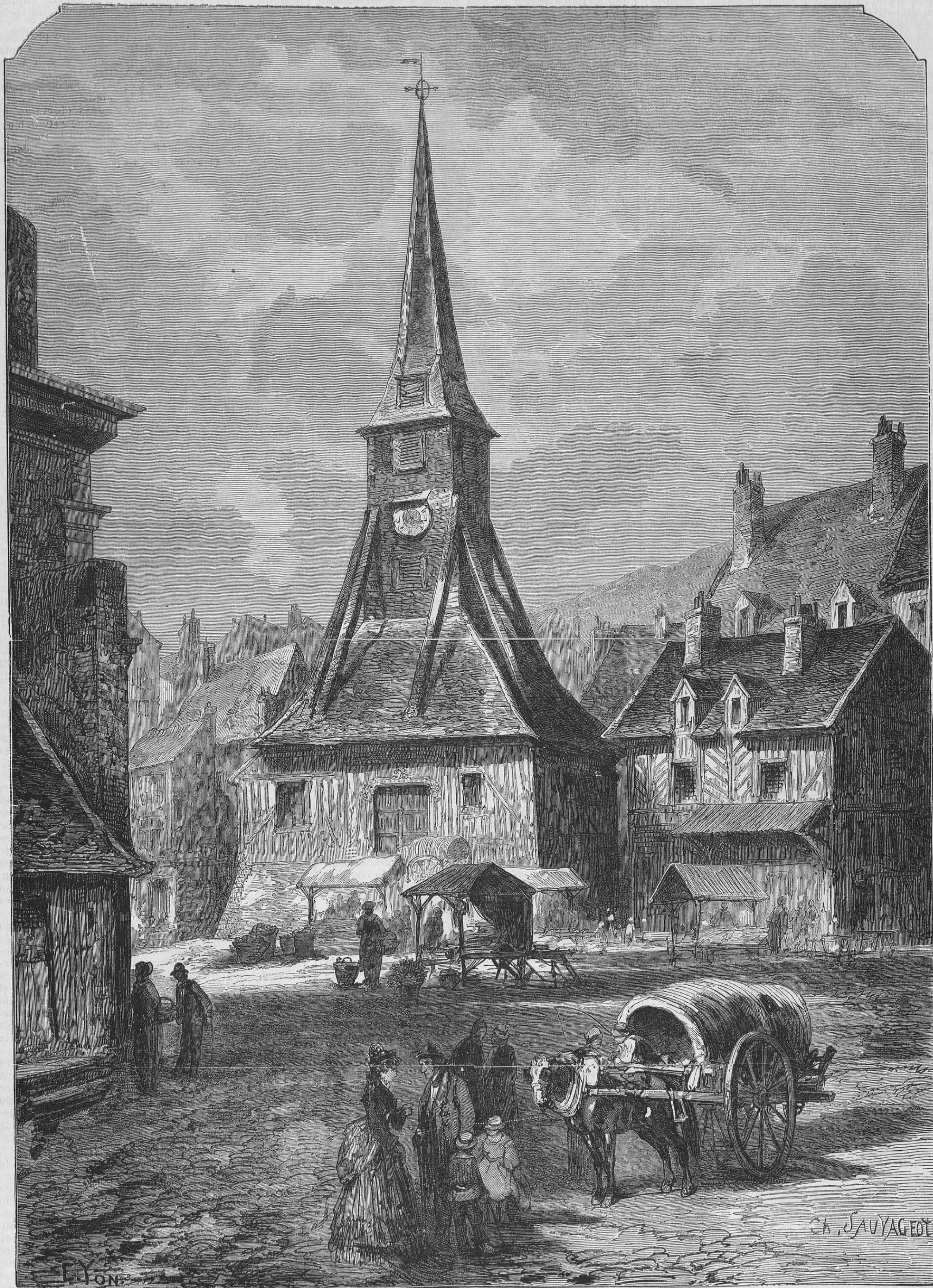
graduada, de tal manera que el rasgo cero coincide con el indicador del aparato. Así queda reglado el instrumento, y ahora se puede determinar la riqueza ó el título de una disolución azucarada.

Se saca el tubo lleno de agua y se reemplaza con el tubo lleno de una disolución azucarada. Luego se observa el aparato, y se ve que la uniformidad de matiz de dos discos colorados ya no existe, y que los dos semicírculos presentan distinto aspecto. Por un tanteo bastante fácil, haciendo mover los resortes, se consigue que los dos matices vuelvan á ser idénticos. En este caso, no hay mas que mirar la regla dividida para notar á qué rasgo de la escala corresponde el rasgo del indicador. El número marcado da inmediatamente en centésimos el título del licor azucarado.

Los globos FT que se ven al lado del aparato, sirven para preparar la disolución normal que se obtiene haciendo disolver 16 gramos 350 de azúcar piedra, bien seco y puro, en un volumen de agua de 100 centímetros cúbicos. Esta solución observada en un tubo de 20 centímetros de largo, debe marcar 100 grados en el sacarímetro. El azúcar que se ensaya se emplea en la misma proporción de 16 gramos 350, puesto en disolución, de modo que forme un volumen de 100 centímetros cúbicos; si el color es demasiado oscuro, se clasifica el licor con sub-acetato de plomo; después



COSTUMBRES AMERICANAS. — LA GUERRA AL WISKEY EN EL OHIO. — Señoras entonando cánticos á la puerta de una taberna para obligar al tabernero á cerrarla.



FRANCIA PINTOESCA. — HONFLEUR. — Torre de la iglesia de Santa Catalina.

de filtrado se observa en el sacarímetro, y en algunos momentos un práctico experimentado lleva los dos medios discos colorados al color uniforme y sensible, y lee inmediatamente el título del azúcar que se somete á prueba.

Vemos, pues, que la manipulación del sacarímetro es muy sencilla y muy rápida. No sucede lo mismo con la teoría del instrumento, que bajo este punto es muy complicada. Quizás se preguntará el lector cómo se producen los dos medios discos circulares colocados de que acabamos de hablar y á qué causa se debe la variación de los matices; pero para responder de un modo claro y comprensible tendríamos que hacer un curso completo de física. Desgraciadamente no es la óptica una parte de la ciencia que pueda vulgarizarse, como las ciencias naturales ó la física del globo, sino que ofrece un terreno bastante árido, accesible solo á los sabios que han hecho estudios especiales y preparaciones matemáticas indispensables.

A falta de explicaciones sobre el principio de sacarimetría óptica, hemos dado una noticia del modo de usar el aparato, bastante clara para que el lector menos iniciado en la física, se forme alguna idea de lo que vale el instrumento que representa nuestro dibujo.

G. T.

La guerra al whiskey

EN LOS ESTADOS UNIDOS.

En todos los países el uso inmoderado de las bebidas espirituosas ha sido objeto de la formación de leyes, sin que hasta ahora hayan podido corregir un vicio que se sustrae á todos los medios de represión. Convencido sin duda el bello sexo de América de la impotencia de los legisladores, ha formado una asociación que no ha tardado en adquirir innumerables adherentes de todas las clases de la sociedad. Cuando esta organización quedó terminada y se creyó bastante poderosa para luchar contra el enemigo común, empezaron las hostilidades. Véase el plan de ataque que adoptó la Sociedad. El comité formado en cada localidad empieza por participar á todos los dueños de tiendas de vinos y licores la formación de la asociación, invitándoles á cerrar el establecimiento; pero como estos honrados industriales no se conforman con semejante resolución, la guerra da principio. Entonces grupos compuestos de diez á veinte mujeres se presentan á la puerta de cada taberna, entonando canciones análogas á la circunstancia y enumerando los beneficios que reporta la sobriedad. Este canto no cesa ni de día ni de noche, relevándose las mujeres de hora en hora como se hace con los centinelas en campaña. Al principio los taberneros se contentan con reír, hasta que poco á poco se aperciben que su establecimiento queda desierto; y si algún bebedor, mas atrevido que los demás, fuerza el bloqueo, su nombre se publica al día siguiente en un periódico del pueblo, haciendo conocer el estado en que tenía á su mujer y á sus hijos, mientras que él se entregaba al vicio. Algunos ejemplos de este género son suficientes para intimidar á los mas intrépidos. Entonces el tabernero, al observar como le abandonan sus parroquianos, se encoleriza; pero ¿qué puede hacer contra débiles mujeres? Emplear la violencia sería unir lo odioso á lo ridículo. En medio de tan cruel alternativa tiene que resignarse, y cierra la tienda. No debemos omitir que en estos casos la asociación tiene acordado que todas las víctimas sean indemnizadas generosamente, siempre que renuncien á continuar despachando vinos y licores.

La guerra al whiskey tuvo principio hace algunos meses, y ya ha conseguido que desaparezca hasta el último tabernero en todo el Ohio meridional, es decir, en un territorio que tendrá de extensión casi como la Francia entera. El ejemplo de las mujeres del Ohio no ha tardado en ser imitado en otros puntos de la Union, en donde se organizan otras sociedades que tienden al mismo objeto. En algunas poblaciones, al saberse la organización del comité, los dueños de los establecimientos de vinos cierran espontáneamente, y, según se asegura, el Congreso de los Estados Unidos estudia ya el medio de reemplazar el impuesto de las bebidas espirituosas, pues se cree que muy en breve desaparecerán por completo.

M. T.

Francia pintoresca.

LA TORRE DE SANTA CATALINA EN HONFLEUR.

Honfleur es una ciudad de diez mil habitantes, edificada en anfiteatro al pié de bonitas colinas, en la embocadura del Sena y en la orilla derecha del río, enfrente del Havre. A un kilómetro de distancia se eleva un monte desde el cual se distingue una vista magnífica, y en cuyo nombre elevó una capilla Roberto el Magnífico, que ha venido á ser un lugar de romería al que tienen mucha devoción los marinos.

Honfleur posee algunos edificios de una arquitectura antigua y curiosa, entre otros varias casas del siglo XVI, los restos de una puerta y de un castillo fuerte de la misma época, y varias iglesias, como San Estéban, San Leonardo, con su hermosa portada, su torre octógona y su altar mayor de columnas corintias, y por último, la iglesia de Santa Catalina, que es de madera de estilo florido, y que han desfigurado al restaurarla.

La iglesia de Santa Catalina está separada de su torre, que es también de madera, por una calle comercial muy animada y pintoresca. Esta torre, que reproduce nuestro dibujo, está apuntalada con maderos cubiertos de pizarra.

Todos los años se hacen en Honfleur armamentos considerables para la pesca de la ballena y el bacalao. Los ingleses ocuparon esta ciudad mucho tiempo, Carlos VII les arrojó de allí en 1440, y es la última población que en 1594 tomó Enrique IV á los de la liga.

R. S.

Estudio sobre el estoicismo en España.

I.

Es nuestro propósito en el estudio que emprendemos, hacer algunas indicaciones sobre el éxito que en España ha alcanzado el estoicismo en la edad media y especialmente en el Renacimiento. La escuela estoica ofrece digno asunto á la consideración del moralista, por haber desarrollado con singular predilección y carácter propio una de las ramas de la ciencia (la ética) que mas aplicación tienen á la vida del hombre; y si bajo este aspecto sus esfuerzos debieron dirigirse á la reforma y mejoramiento de las costumbres, sin perder de vista la práctica para dictar preceptos de aplicación, no fué así; mas determinando un ideal teórico entusiasta, pero exclusivo, ha llegado á crear un tipo, que proverbialmente pasa de una generación á otra, como honroso, pero inútil legado, pues el buen sentido de los pueblos no se acomoda fácilmente en las prácticas de la vida á negaciones sistemáticas, por mas que envuelvan preceptos recomendables. Solo algunos individuos en determinados momentos históricos han acudido á buscar remedio á los males de la vida, proponiéndose al estoicismo por norma de sus acciones, y aun así quizás no hallemos una vez cumplidas en su totalidad las condiciones del sabio exigidas por la escuela; esta noble doctrina ha hecho comprender, no obstante, la dignidad humana, y ha podido crear algunos caracteres independientes, cuyos encomios merecen ocupar las páginas de la historia.

La doctrina de Zenon fué aceptada y reformada por los griegos, no sin grandes contradicciones de las otras escuelas filosóficas y especialmente de la epicúrea. De Grecia pasó el estoicismo á Roma y consiguió general aceptación; pero en este pueblo sufrió algunas transformaciones, pues sin abandonar el severo ideal griego, se notan ya señaladas tendencias á mitigar los preceptos para acomodarlos á la vida real, en lo que pudo influir el genio práctico del pueblo romano por una parte, y por otra el natural progreso de la humanidad, que hace pasar las teorías filosóficas á las prácticas sociales, así observamos en el estoicismo griego la rigidez de los principios sobre la virtud: *Todas las acciones buenas son igualmente buenas y todas las malas igualmente malas*, de lo cual había de seguirse como consecuencia, que los delitos fuesen castigados con una misma y una sola pena: en Roma, por el contrario, se establece la diferente consideración del hecho bueno y la gradación en el malo. En España fué también acogido el estoicismo por gran número de pensadores durante el período romano, y entre ellos sobresale el gran Séneca, quien trajo á la escuela importantes variaciones, dándole un carácter propio y español que ha encarnado en la vida de nuestro pueblo.

Perdiéronse en la edad media muchas tradiciones filosóficas de la antigüedad: Platon y mas que nadie Aristóteles, viciados por extraños comentarios y traducciones, ejercieron exclusiva autoridad en las escuelas; las demás doctrinas fueron olvidadas; pero en los últimos siglos de la escolástica vemos aparecer algunos fraccionados recuerdos del estoicismo en las interminables cuestiones de nominalistas y realistas; aquellos acusaban á estos de dejarse ciegameñte por la autoridad de Platon reproduciendo sus delirios, y los nominalistas eran motejados para aceptar los groseros errores de los estoicos. El siguiente texto de Pedro Barbery, citado por M. Rousselot, y otros de Guillermo Ockam, dan idea de lo dicho: « *Nominales, post Ockamum, admittunt pro subjecto universalitatis conceptus formales, ut stoici, et insuper nomina univocè et indiscriminatè significantia multa singularia similia: et indè nominales dicti sunt, quot tantum tribuant nominibus.* » En España se habian conservado algunos vestigios del estoicismo, quizás con mayor razón que en el resto de Europa, por la influencia que Séneca ejerció durante muchos siglos, pero en el XII y XIII hubo otro motivo mas poderoso para dar el mismo resultado. La enseñanza del Pórtico habia ejercido su principal influjo sobre el derecho romano, penetrando en

el espíritu de aquellos Códigos; y con el renacimiento de tales estudios en la época mencionada, con la pasión que inspiró el romanismo y con haberle copiado en las Partidas, vino á encarnarse en nuestra sociedad, si bien de una manera inconsciente.

Así al llegar el Renacimiento, encuentra precedentes atendibles en nuestra patria, como haremos notar por el estudio de tres eminentes varones, Don Alfonso X, que floreció en el siglo XIII, el marqués de Santillana y el Tostado en el XV; pero al hablar así, no pretendemos hacer un análisis detenido de sus obras cual merecen, sino consignar algunas observaciones en lo relativo á la secta filosófica que estudiamos: bien se comprende, por lo demás, que la influencia ejercida por tan excelentes ingenios en el adelantamiento de las ciencias, debe buscarse dentro de otros principios.

II.

ALFONSO EL SABIO, aceptando como una de las fuentes de su legislación á los Códigos romanos, y siguiéndolo textualmente en algunos pasajes, consignó los preceptos estoicos en varias leyes de las Partidas, bien fuesen escritas por el mismo rey, bien por sus inspiraciones: en el prólogo de ese monumento legal, llamado no sin razón una de las tres maravillas de aquel siglo, leemos: « *É tomamos de las palabras é de los buenos dichos que dixeron los sabios que en tendieron las cosas razonadamente segun natura.* » La influencia estoica dejóse ver claramente en los principios generales del derecho, en la división de este y en algunos de sus ramos, en comprobación de lo cual examinaremos varios textos.

Consistía la virtud, según los estoicos, en conservar toda la vida la intención ó voluntad de ser virtuoso, y la justicia era una de las virtudes: de tales principios fué legítima consecuencia la definición dada por Ulpiano: « *Justitia est constans et perpetua voluntas jus suum cuique tribuendi* » y las Partidas (l. 1^a, tit. I, part. 3^a) la tradujeron conservando el mismo espíritu: « *Raygada virtud es la justicia que dura siempre en las voluntades de los homes justos é dá é comparte á cada uno su derecho igualmente.* » Gregorio Lopez comentó sin desaprobación esta definición, que siguieron muchos juriconsultos españoles despues del Renacimiento. Así se confundía la moral con el derecho, y dado este paso los juristas aceptaron sus consecuencias, tomando los preceptos morales para establecerlos como procedentes del derecho; tres eran aquellos en la escuela estoica, tres y los mismos escribió Ulpiano y trajo Don Alfonso á la ley 3^a, tit. I, part. 3^a. « *É los mandamientos de la justicia é del derecho son tres. El primero es que home biva honestamente, quanto en sí. El segundo que non faga mal nin daño á otro. El tercero que de su derecho á cada uno.* »

Consideraban los estoicos al hombre bajo tres aspectos: como perteneciente al reino animal, como hombre y ciudadano, y habiendo equiparado los juriconsultos romanos el concepto de la jurisprudencia al que de la ciencia tenían como filósofos, dedujeron la triple división del derecho en natural, de gentes y civil, definiendo, al primero, *quod natura omnia animalia docuit*; al segundo, *quod naturalis ratio inter omnes homines constituit*; y al tercero, *quod quisque populus ipse sibi constituit*, y próximamente esas mismas ideas sigue el rey Sabio al decir: « *Derecho natural que han en sí los homes naturalmente, é aun las otras animalias, que han sentido... y derecho comunal de todas las gentes, el cual conviene á los homes é no á las otras animalias. É este fué hallado con razón, é otrosi por fuerza, porque los homes non podrian bien vivir entre sí en concordia é en paz, si todos non usasen dél.* » Dada esta idea del derecho, y comprendido como una relación que tiene significado en el terreno moral y se extiende á todos los seres de la creación *que han sentido*, podría llegarse por deducción lógica á establecer en las leyes deberes perfectos del hombre al animal por un lado, como hacen algunas leyes de nuestros días, y afianzar por otro el cumplimiento de los preceptos morales, como sucedió en las legislaciones antiguas del Asia; pero las consecuencias no eran aceptables, y las Partidas dan una serie de consejos, útiles sin duda, pero extraños á la ley.

Si de estas generalidades descendemos á mayores determinaciones, encontraremos la misma influencia del estoicismo, si bien templado en gran manera por las ideas cristianas del sabio rey. El elevado concepto que del matrimonio tenían los estoicos, vino al terreno del derecho, expresándose en las definiciones de Modestino y Ulpiano, escritas y no practicadas en Roma, y estas formaron parte de la que dió la ley 1^a, tit. II, part. 4^a: « *Matrimonio es ayuntamiento de marido é de mujer, fecho con tal entención de bevir siempre en uno é de non se departir, guardando lealtad cada uno dellos al otro, é non se ayuntando el varon á otra mujer, nin ella á otro varon, bivien do ambos á dos.* » El cristianismo habia impreso altísimo carácter á la union conyugal, carácter opuesto á la disolución romana y muy en armonía con los estoicos; así debió ser fácil y aun parecer conveniente á Don Alfonso aceptarlo con leves modificaciones, mas su definición pierde la sencillez romana por querer desleír al pensamiento en la redundancia de las frases.

De la influencia estóica sobre el derecho romano procedió también la división de las cosas en corporales é incorpóricas, aunque no ocupó nunca el primer lugar ni fué la principal, y asimismo la vemos indicada en la Partida 4ª de una manera secundaria (ley 1ª, tit. XXX). Lo mismo podemos decir de la otra división en públicas, comunes á todos y solo á los nacionales, pues en general en la teoría de división de las cosas, segun los varios aspectos que al derecho conciernen, se sigue al romano, aun cuando no sean en España aplicables muchos de sus principios, por el cambio radical que en religion y vida social habian sufrido los pueblos en la edad media.

La importancia y preferencia del espíritu, segun lo comprendian los estóicos, sobre el cuerpo, del arte sobre la materia, fué predicado por la escuela del Pórtico, y tuvo aplicacion á las leyes romanas, introduciendo en la accesion notables variaciones; así en la pintura, considerada segun la alteza de las bellas artes, las Partidas (3ª, tit. XXVIII, ley 37) copian á la ley romana estableciendo que, quien pinte en tabla ajena, creyendo ser propia, gana el señorío de la tabla ó cosa en que pintó, pagando su precio. Los códigos romanos no dedujeron de este principio todas sus consecuencias, pues ni lo extendieron á las demás bellas artes, ni á la escritura, ni menos lo tomaron por regla general; por eso Don Alfonso, fiel intérprete de aquellos, lo trascibió á sus leyes en el mismo sentido.

Motéjase en los estóicos la inmoderada afición á la filología y desmesurado afán de buscar á todas las palabras su origen, lo cual les lleva á ridículas suposiciones, y de este mismo gusto podriamos presentar numerosos ejemplos de las Partidas; mas excusando otros pormenores, el rey legislador acepta casi todas las conclusiones que eran compatibles con la religion cristiana, dejándose llevar de su admiracion al mas ilustre monumento que la civilizacion antigua levantó al derecho.

(Se continuará).

El nuevo cartucho del ejército francés.

La comision de experiencias creada en Vincennes bajo la presidencia del general Douay, ha hecho ya su eleccion sobre dos modelos que acaban de entregarse á diferentes cuerpos de la guarnicion situados cerca de los campos de tiro, como son los de Avor, Chalons y Versalles. Si no estamos mal informados, los ensayos se verifican sobre mil doscientas armas, de las cuales seiscientas han sido construidas segun el sistema Beaumont, ingeniero belga, inventor del fusil holandés, y las otras seiscientas segun el de M. Gras, capitán del depósito central de artillería.

A los cuerpos de infantería toca ahora, no solo hacer conocer el arma que es mas útil en la práctica, sino que están llamados también á decidir otra cuestion mas importante todavía que la de la culata móvil: nos referimos al cartucho, que es una parte muy esencial, cualquiera que sea el sistema que se adopte.

La dificultad consiste en encontrar cobre bastante maleable, que tenga bastante resistencia para fabricar los cañutos de una sola pieza. Hasta hace algunos años se servian de cañutos compuestos de hojas de *clinquant* ó cobre muy delgadas, que se envolvian en forma de espiral y que despues se cubrian de papel para que no se deshiciesen. De este modo se fabricaban los cartuchos para los fusiles de cazoleta.

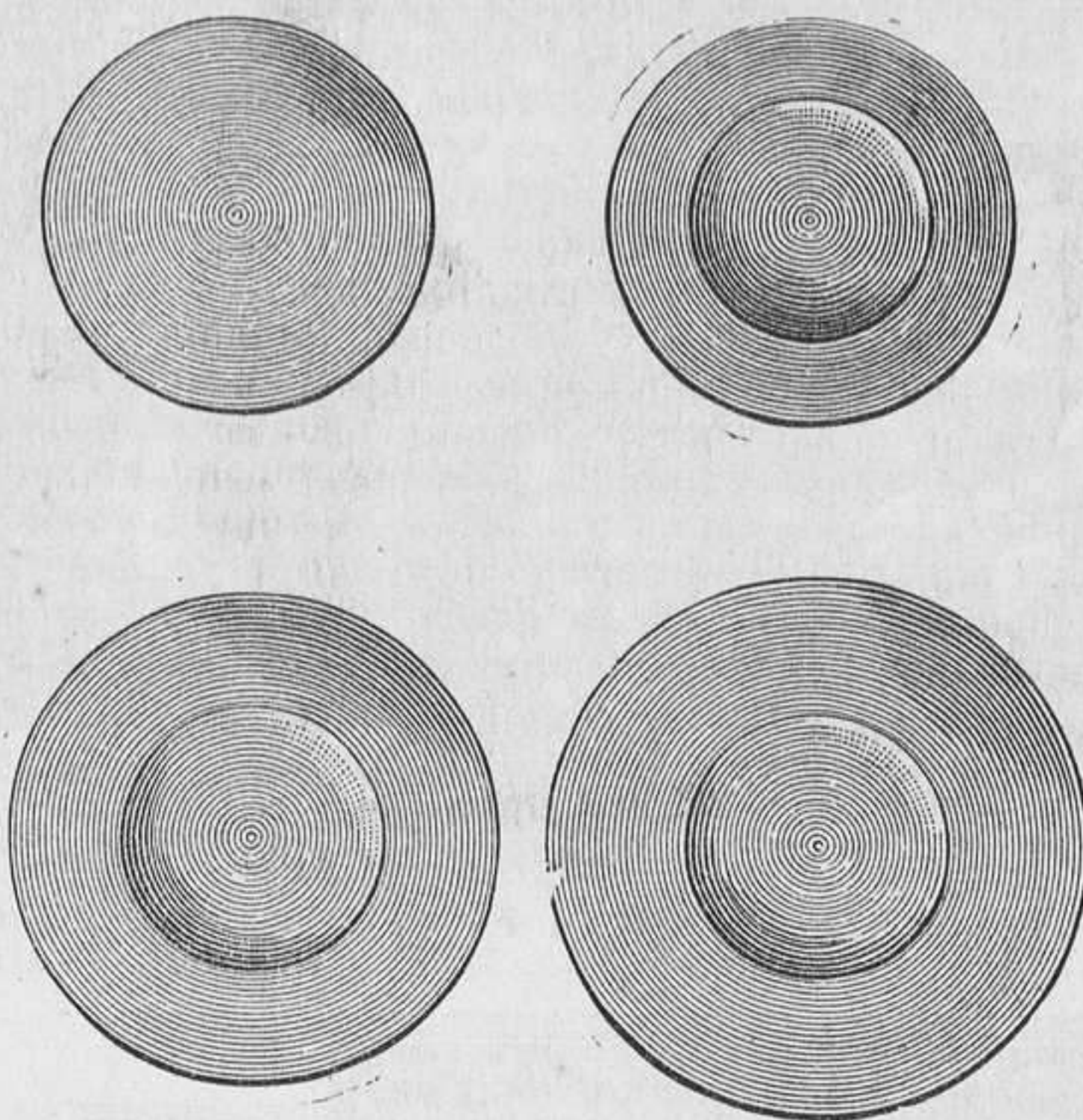
El coronel americano Berdan ha conseguido obtener por medio del batido un cañuto de una sola pieza; pero la cabeza del cartucho deja mucho que desear, porque esta cabeza debe retirarse en dos lados inversos á fin de dejar un sitio que sirviera de celdilla al cebo y otro á la punta contra la cual se comprime el pistón, el cuerpo que reemplaza á la aguja.

Ya en 1866 M. Manceaux habia encontrado el medio de evitar las fracturas á que el anterior sistema se prestaba, y que perjudicaba necesariamente á la solidez de la cabeza. La importancia que en el día tiene el sistema de fusiles que el ejército debe emplear, no creemos que sea indiferente á nuestros lectores conocer la clase de cartuchos que se elijan, su corte y los medios que se emplean en su fabricacion.

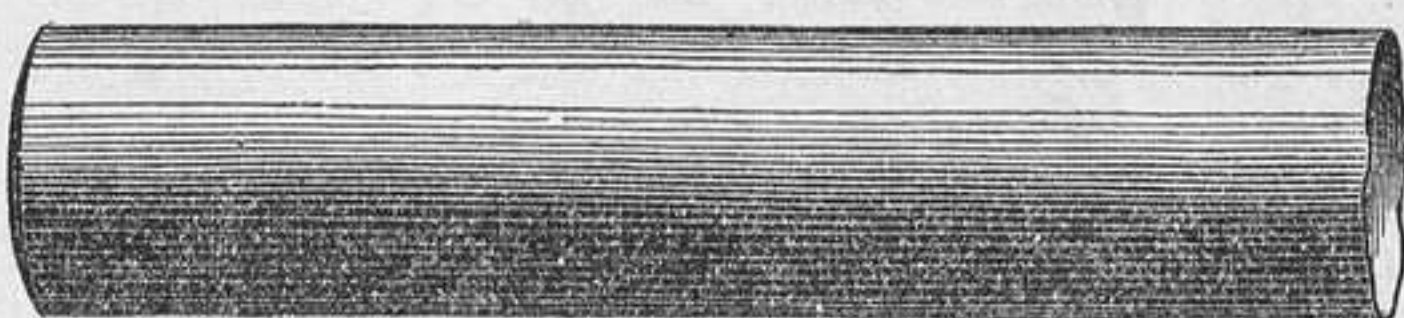
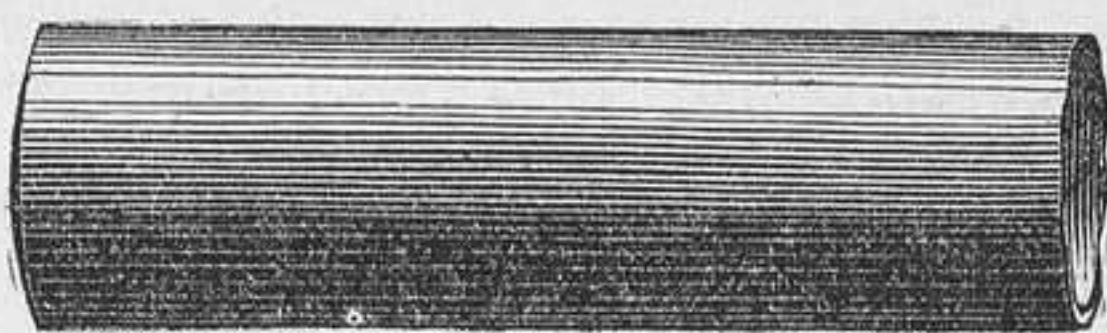
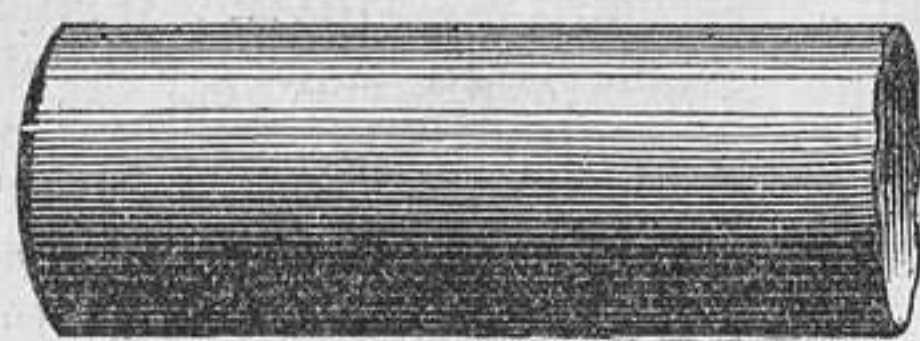
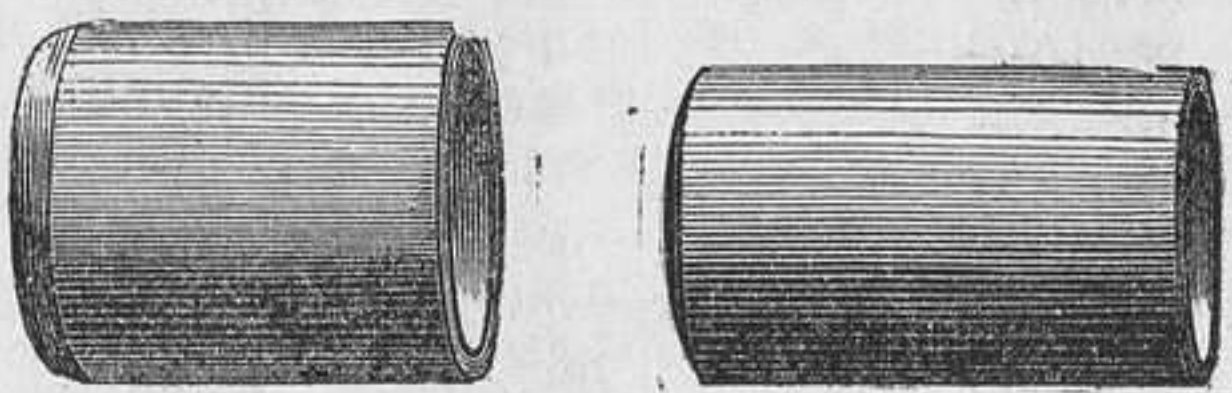
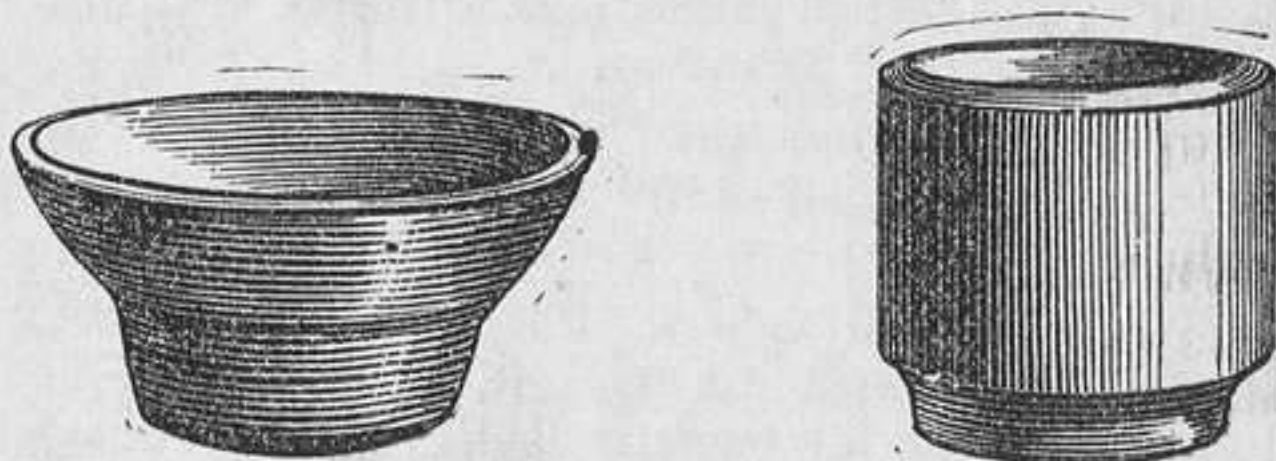
Catorce operaciones son necesarias para trasformar una pequeña rodaja de cobre de la dimension de un cuarto y con el espesor de tres milímetros, hasta que el cartucho esté dispuesto para hacer fuego. Despues de cada una de las diferentes trasformaciones que sufre la rodaja, se coloca en el horno para que el metal conserve su ductilidad, es decir, su propiedad de dilatarse sin que se rompa debajo del martillo ó de las máquinas.

Las cuatro primeras operaciones consisten: 1º, en cortar de una hoja de laton de 3 milímetros rodajas que contengan bastante metal para la construccion de los cañutos; 2º, 3º y 4º, en batir el metal, cuidando de dejar en el centro de cada rodaja un relieve de un espesor de 3 milímetros. Este relieve debe conservarse hasta la terminacion de la operacion, y que constituye la invencion de M. Manceaux, pues no solo da á la cabeza mayor consistencia, sino que simplifica mucho la

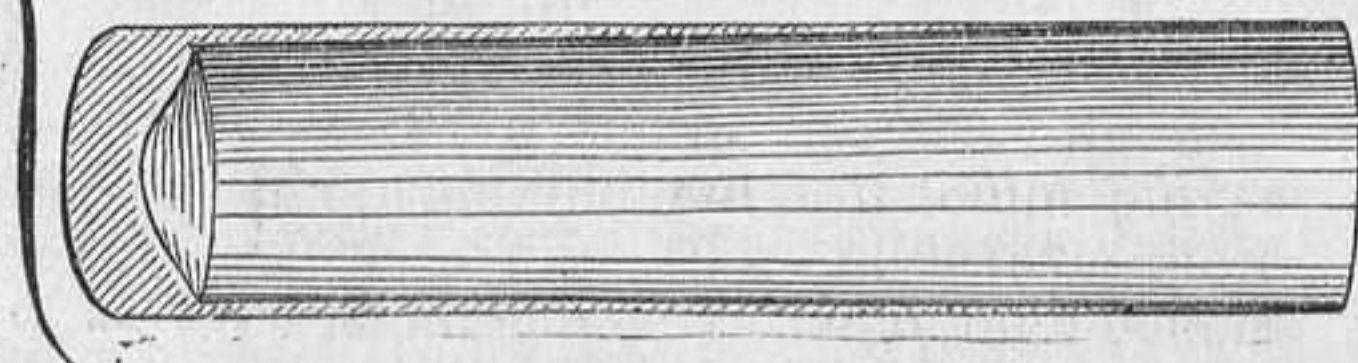
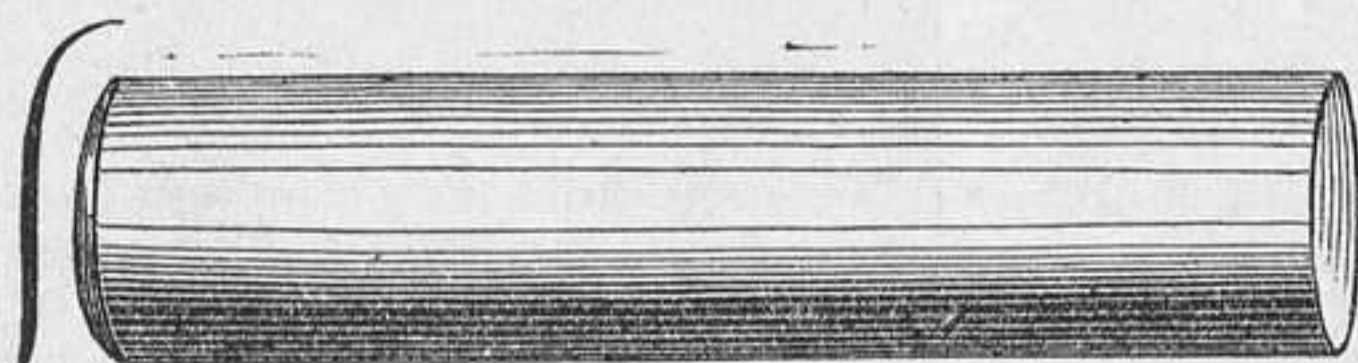
fabricacion. Estas cuatro operaciones se hacen con mazo machacando sobre moldes ó troqueles de una dimension invariable, como representan las figuras siguientes:



Despues se procede á batir las rodajas hasta que toman las formas y las dimensiones que aparecen en las figuras que damos á continuacion:



Estas operaciones se hacen por medio de una máquina inventada por M. Manceaux, como nuestros lec-

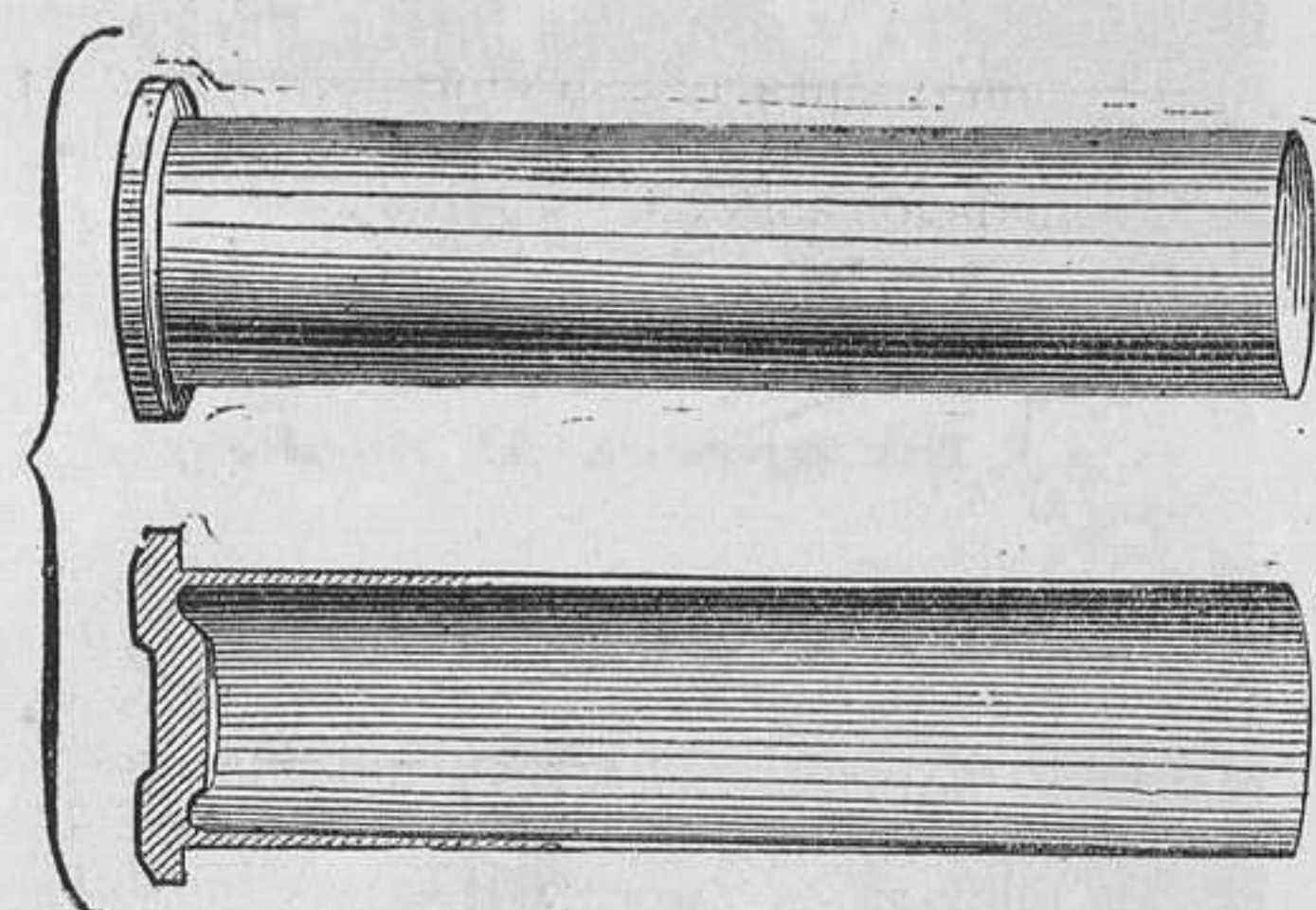


tores podrán ver en la última página, y que consiste en un cuerpo circular que gira al rededor de un eje vertical; y sobre este cuerpo en acero están colocados los moldes, en los cuales el obrero coloca el laton. Una ó muchas varas de hierro sostenidas verticalmente por medio de guías también de hierro, se elevan alternativamente por medio de una vara de báscula y de un excéntrico. Cuando el metal está suficientemente batido, el obrero la retira y echa el cilindro en una

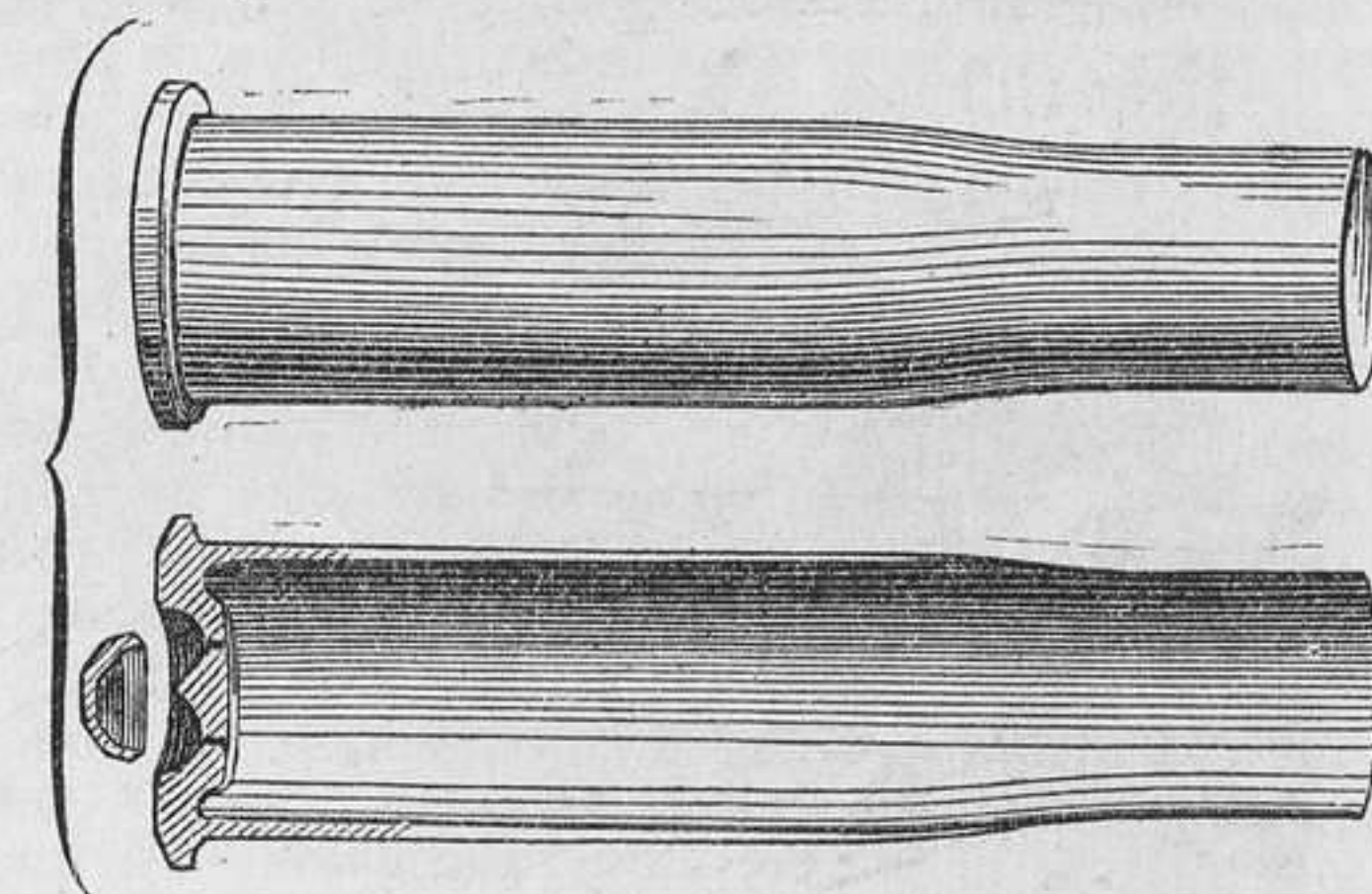
cesta que tiene á su izquierda. Para simplificar esta operacion, M. Manceaux trata en este momento de inventar el medio de colocar los cañutos automáticamente, como M. Thonnellier lo ha hecho con la moneda que se acuña, y que es una de las invenciones modernas mas notables. Con esta máquina se pueden fabricar de veinte y dos á veinte y cuatro mil cañutos diarios.

La décima operacion, que consiste en dar al cañuto el largo que exige el reglamento, se hace por medio de un torno.

Como ya hemos dicho, la ductilidad del metal se obtiene por medio de barras ó de cilindros de acero que se bajan verticalmente y concluyen por dar al metal la misma forma que tiene el molde. En seguida debe formarse en la cabeza un reborde, y de este modo puede cogerse el cañuto y sacarle del cañon despues de haber hecho fuego. Este reborde se obtiene colocando el cañuto sobre una barra de hierro incrustada en un pedazo de acero y por medio de un golpe de volante se rechaza la cabeza en un molde, segun lo indican las figuras siguientes:



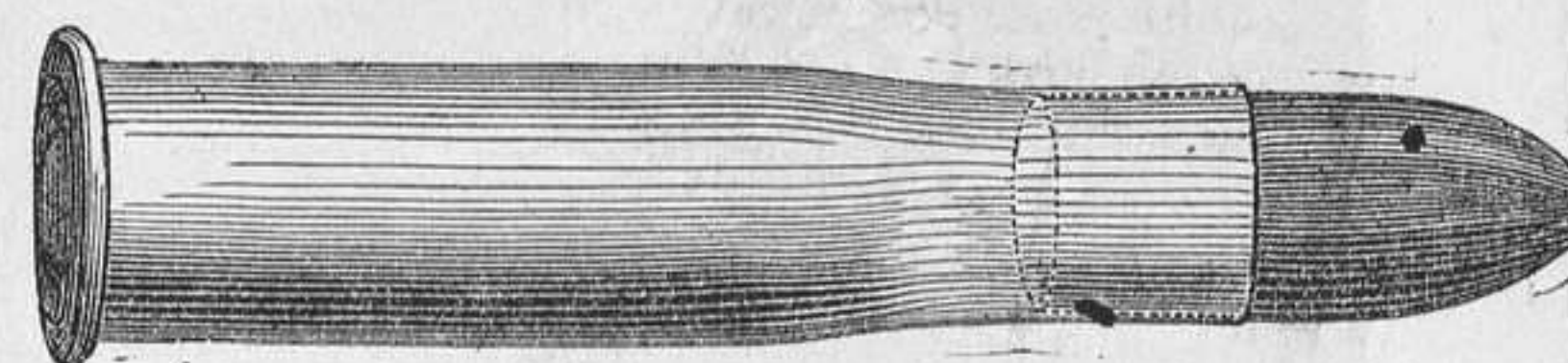
Las últimas operaciones consisten en ajustar por medio del volante la parte alta del cañuto á la bala, que es de 11 milímetros, (M. Manceaux, con el auxilio de un sistema particular, hace esta operacion de una sola vez); formar por medio de un torno la punta contra la cual debe chocar el cebo; y hacer dos pequeños agujeros en la cavidad para que se comuniqué á la pólvora el fuego del cebo. Véase la figura que ponemos á continuacion:



Entonces queda el cilindro hueco terminado, y para tener despues un cartucho, solo queda que cebarle por medio de una pequeña cápsula que se introduce por encima de la cavidad con el auxilio del volante; y despues se le carga. Esta carga se compone de 5 á 6 gramos de pólvora, de una rodaja de *card* ó de carton delgado, de una rodaja de fieltro y de una segunda rodaja de *card*, sobre la cual se coloca la bala, teniendo la parte inferior envuelta en papel endurecido con una mezcla de cera y de grasa, á fin de lubricar el cañon.

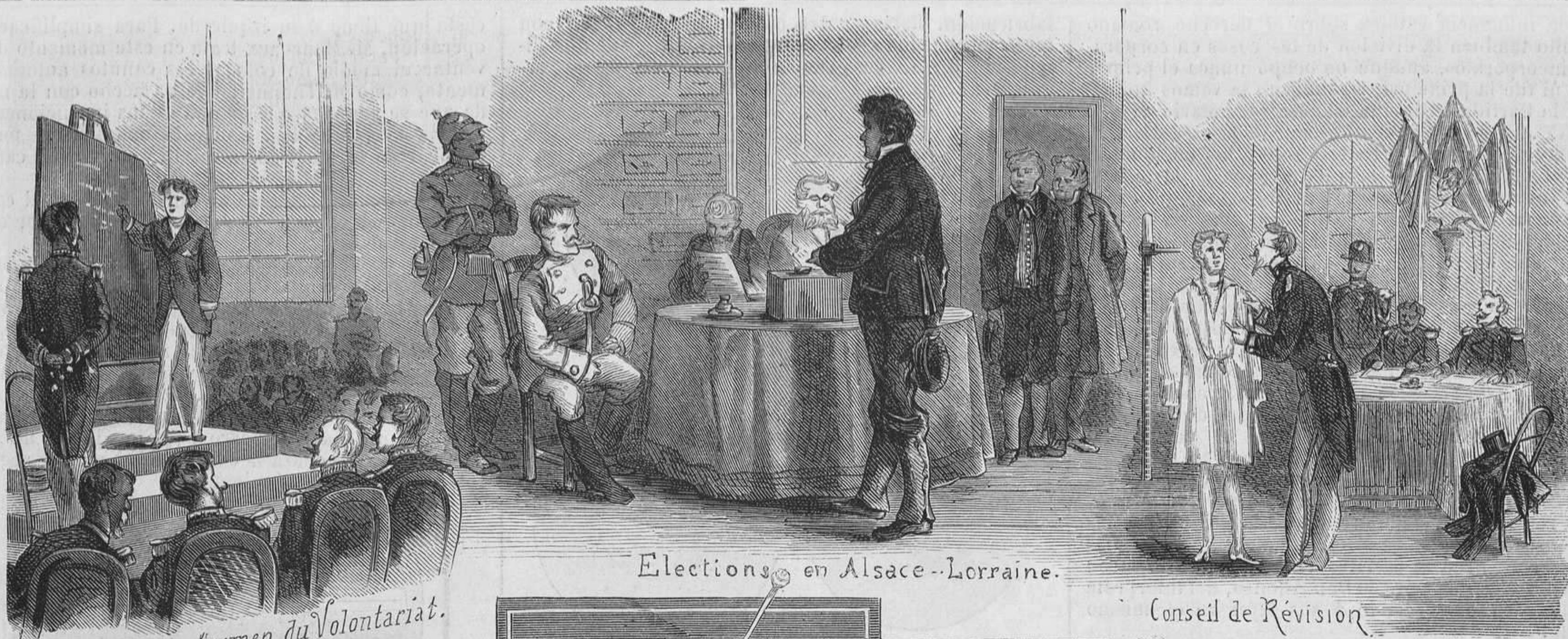
Segun verán nuestros lectores, hemos omitido hacer la menor indicacion acerca de las dimensiones del cartucho, que se asemeja al de Berdan. Lo que desde luego podemos indicar, es que el uso del cañuto metálico aumenta el peso del cartucho de 10 á 12 gramos, porque el antiguo pesaba 33, y el moderno de 43 á 45. Así que el soldado, llevando noventa cartuchos, deberá soportar de exceso un kilogramo.

Los cartuchos de M. Manceaux tienen tal consistencia, que puede emplearse hasta diez veces, el mismo cañuto para tirar al blanco, lo cual hace que el cartucho metálico salga á un precio menor que el formado con la gasa de seda, pues con un cañuto Manceaux se ha cargado y cebado hasta veinte y nueve veces.



Ya hemos hecho conocer á nuestros lectores el sistema que se sigue en la fabricacion de los cartuchos metálicos, sin que salgamos garantes de que este procedimiento sea superior á los otros. Lo único que podemos asegurar es que esta solucion no se hará esperar mucho tiempo.

A. W.



Examen du Volontariat.

Elections en Alsace-Lorraine.

Conseil de Révision



Pêche a la ligne



Fermeture de la Chasse



Modès du Jour



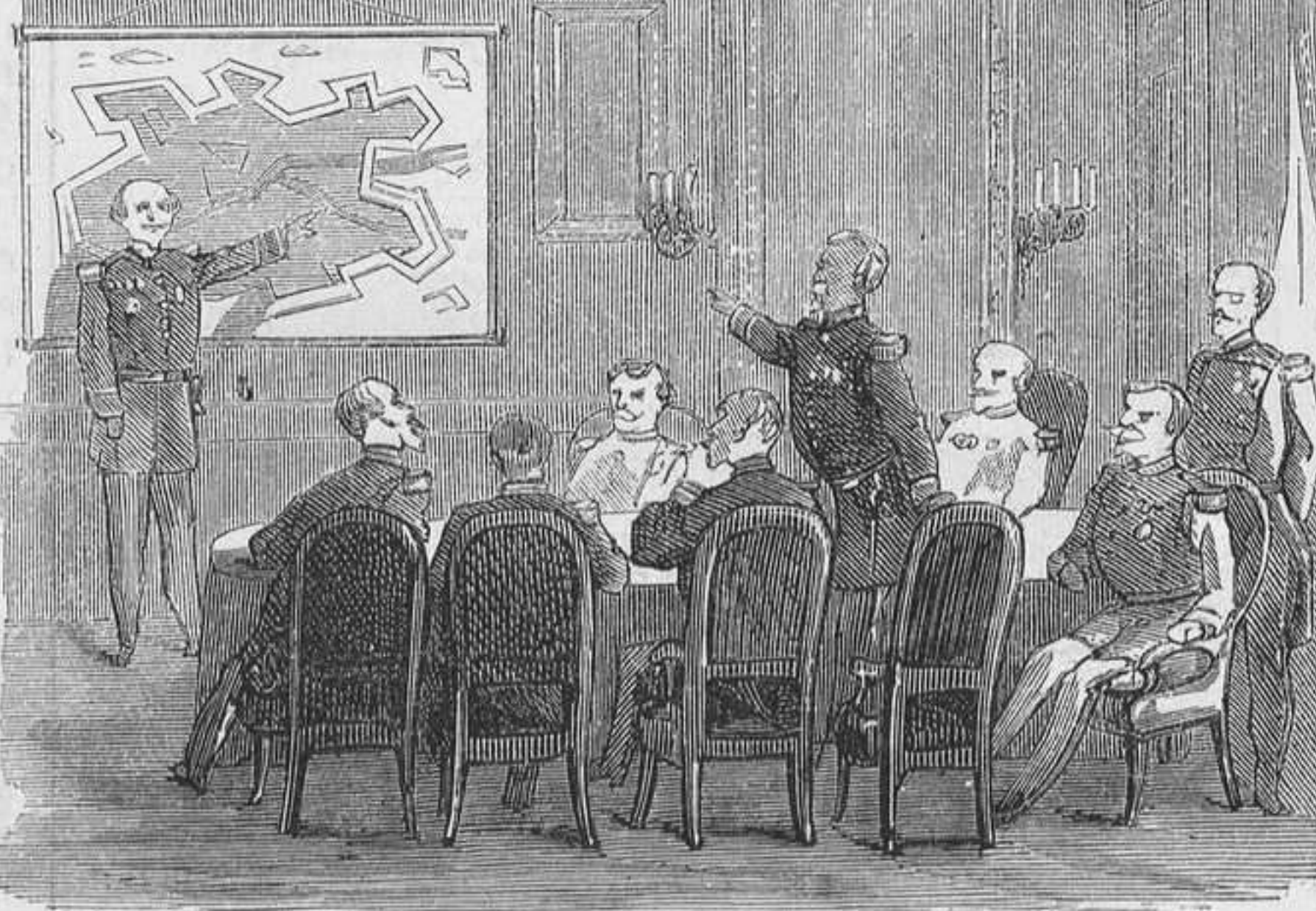
Giboulées de Mars



Cocinas económicas



Courres a la Marche

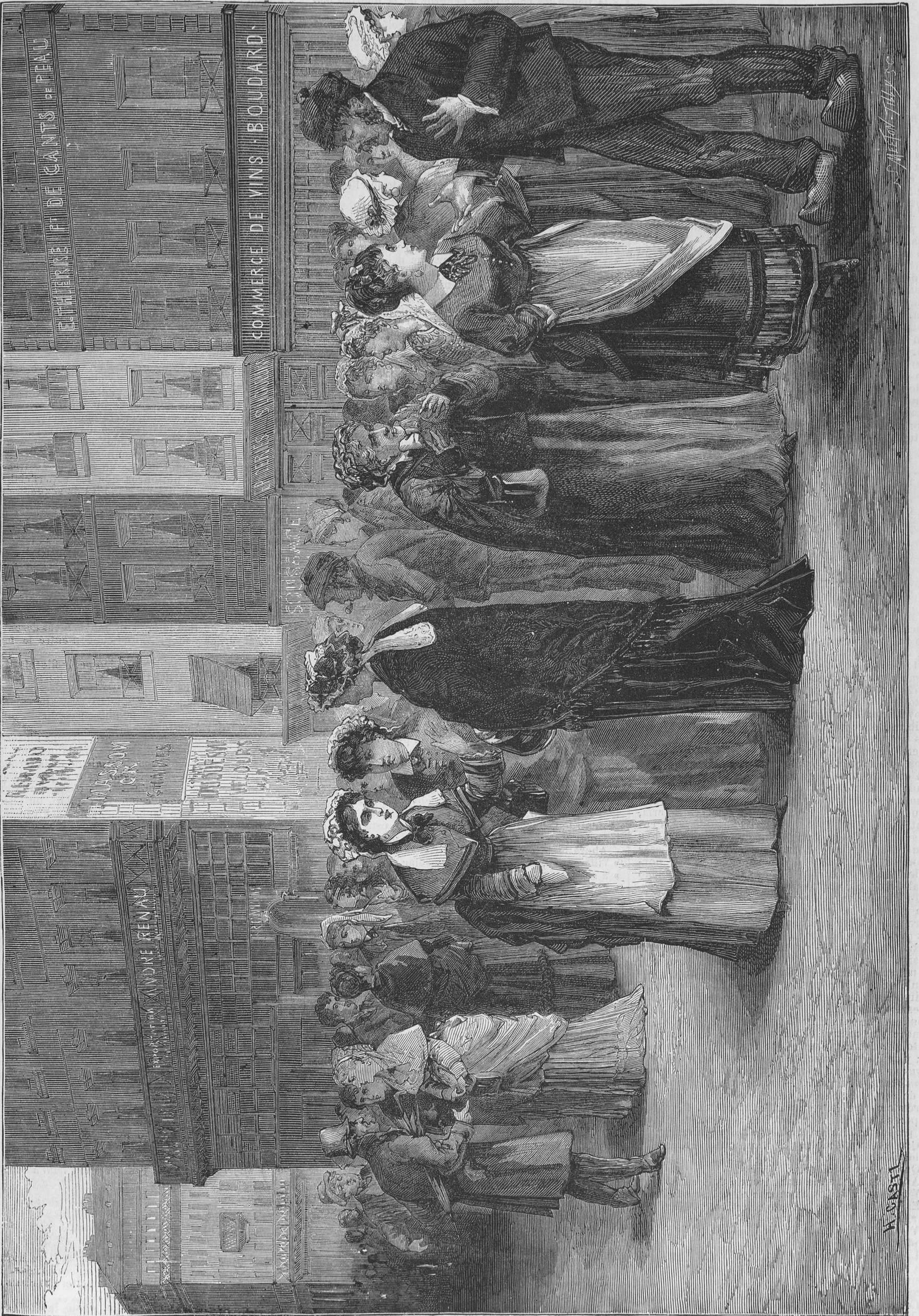


M. Canrobert a la Com^o de fortification de Paris



Exposition au bénéfice des Alsaciens-Lorrains

ACTUALIDADES. — 1. Voluntarios de un año pasando el examen. — 2. Elecciones en la Alsacia-Lorena. — 3. Consejo de Revisión. — 4. El pescador con caña. — 5. La caza se acabó. — 6. Las últimas modas. — 7. Los chaparrones de marzo. — 8. Carreras de caballos en la Marche. — 9. Las cocinas económicas. — 10. Canrobert en la comisión de fortificaciones de Paris. — 11. Exposición á beneficio de los alsacianos-loreneses.



TIPOS Y FISONOMÍAS DE PARIS. — El mercado de las lavanderas en la calle de los Ours.

La calle de los Ours en Paris

Y EL MERCADO DE LAS LAVANDERAS.

La calle de los Ours, ó de los Osos, está situada en las inmediaciones de los Mercados centrales.

Es una calle antiquísima, del siglo XIII, que ha sufrido infinitas transformaciones. Hace veinte años no tenía mas de diez metros de anchura, y llegaba solo de la calle Saint-Martin á la de Saint-Denis; hoy es otra cosa: tiene 20 metros de ancho y llega hasta la calle Montorgueil.

No podemos formarnos idea de lo que era á principios del siglo. Sus veinte primeras casas están intactas; pero luego tiene magníficas aceras y monumental caserío.

En esas aceras tan cómodas que han reemplazado el antiguo empedrado siempre sucio, se ve, como antes, de siete á nueve de la mañana, la escena cotidiana que representa nuestro dibujo. A esas horas, desde tiempo inmemorial, toma esa calle una animación suma. La invade una muchedumbre abigarrada, compuesta en gran parte de mujeres. Todas las edades están representadas ahí, desde la chiquilla hasta la vieja. ¡Qué variedad de trajes y de caras! Todas esas mujeres son lavanderas que buscan trabajo. La calle de los Ours es su cuartel general, es el mercado á donde llegan á ajustarlas los que las necesitan, los dueños de lavaderos. Supérfluo será añadir que hay algazara; pero los habitantes del barrio están acostumbrados, ó por lo menos han tenido tiempo de acostumbrarse.

L. C.

FILOSOFÍA ESPAÑOLA.

EL FILÓSOFO RANCIO.

(Continuacion. — Véase el número 1,105).

Y narrando Aristóteles su fortuna dice que « se atrincheró en España á mediados del siglo XVII, donde lo ha pasado regularmente hasta estos años últimos, en que viendo que la cosa no iba muy favorable, tomé resolución de meterme fraile y hacer penitencia en lo mas recóndito de mis metafísicas. « Me tendrás acaso, dice luego el Rancio, aunque habla Aristóteles, por el *non plus ultra* de la erudición; pero soy *Petrus in cunctis*, hombre universal en índices de libros, que entiendo á veces lo poco que leo y otras me quedo en ayunas, como te sucederá á tí... y si bien lo consideras, lector, esta es la instrucción de tantos, que apenas se encontrará quien entienda alguna cosa mas que lo que yo entiendo.

Nada iguala al desden del Rancio hácia la *abundantísima cosecha de eruditos* que daban su voto sobre lo que no entendían. « Lo que debería aturdirnos sería, si entre tantos votantes como hay sobre todas las cosas, se descubriesen siquiera un par de docenas que entendiesen lo que hablan: y ve Vd. por qué esas personas tienen tanta enemiga con mis cartas, porque los pobrecitos hablan lo que saben. Se han tomado el trabajo de leer cuatro cositas del Vernei (*el Barbadino*) ú otro autor *ejusdem farinae*, se les han quedado en la memoria las preciosas invectivas que allí hay contra mí y contra mi escuela, *ven que por ahí va el agua que es moda hablar así* — que atrasada fecha tiene nuestra enfermedad — y con esta prevención están en posesión de despreciar el Peripato, del que no entienden ni un significado. » En cambio supone que no faltan en Sevilla verdaderos sabios, cuyo mérito anda desairado, *porque las cosas van así*; no sé á qué alude con estas palabras.

Confiesa que la moda está por el eclecticismo, quien reconoce sin contradicción por padre á Descartes, puesto que fué el primero que repudió toda autoridad; y definido el eclecticismo como *manera de filosofar que no se atiene á ninguna escuela, sino que toma la verdad donde la encuentra* — no dice qué principios le han de servir de base ó criterio para discernirla — emprende contra él, y en particular contra Genovesi, que parece era el autor favorito, una campaña formal, proponiéndose probar los puntos siguientes:

« Que no hay filosofía ecléctica, cual se describe por los filósofos.

» Que no puede haberla.

» Aun admitida, sería una invención ridícula.

» Y también inútil, y en mucha parte perjudicial.

» El pensamiento de hacerse ecléctico está lleno de soberbia.

» Y de dificultades, de que no se puede salir con felicidad.

» La duda que se supone como base del eclecticismo no tiene graves inconvenientes; propende al pirronismo y no libra de la credulidad de los pitagóricos.

» Los eclécticos no entienden bien la libertad; idea de la que se requiere para filosofar con acierto; no

» la tienen los eclécticos; peligros de la libertad mal entendida.

» Extremos en que han dado los eclécticos en el uso de los filósofos; no han hecho la distinción que se debe.

» No es el eclecticismo del día el que cuadra con la religion; como se debe la filosofía sujetar á esta; peligros que la trae; cuánto la repugna; exámen del Peripato en esta parte y de la filosofía moderna.

» Espíritu de partido se suele llamar á lo que no lo es; se fija su idea; no puede el eclecticismo destruirlo; sirve mucho para promoverlo.

» Cuestiones inútiles de los escolásticos; se examinan; se hace cotejo con las que controvierten los modernos. Voces bárbaras; vuelve á ilustrarse este punto y se averigua cuál es en la materia el mérito de los modernos.

» Los Padres y filósofos no fueron eclécticos como los de ahora.

» Conclusion que deberá nacer de estas verdades.

» Idea de una filosofía útil; se prefiere la escolástica y se da á la moderna el lugar que debe tener y le corresponde. »

Tal era el programa, bastante para juzgar de los alientos y valor del Rancio, aunque no se convenga con todas sus opiniones. La pérdida de las cartas posteriores á la décima novena nos priva del gusto de ver cómo lo realizaba.

Antes de ponerse á probar su primer aserto, hace la siguiente pintura de un ecléctico nacional que tanto ruido ha querido meter, el padre fray Francisco Villalpando: « ¿No hubiera sido mejor que ese religiosito hubiera tratado de encomendarse á Dios, sin meterse en escribir una obra que sea la mogiganga de la filosofía y de la nación? ¿Quién le indujo á que saliese con ese centon tan malisimamente forjado, si ni aun la habilidad tuvo para echar de ver los yerros de imprenta de los autores que copiaba?... »

Ahora no se tiene para evitar los galicismos y germanismos; con que vayan nuestros lectores con el padre Villalpando. Parece que la universidad de Salamanca dió una fuerte censura de este libro, y eso que pudo decir y omitió mucho mas, en concepto del Rancio. Cita luego como autores leídos al *miserable pedante* Altieri, á Brixia, Verney, La-Tourri, Corsini, que son iguales, *chispa mas ó menos*, y al fin cae sobre Genovesi, que era el abanderado, y dice de él que escribió con preocupación, sin crítica, sin buena fe y sin consecuencia.

En la prueba de este aserto está las mas de las veces en lo justo; pero otras le ciega la parcialidad ó yerra por el estado que entonces alcanzaban las ciencias, y por tanto inculpablemente. Para probar que no hay ni puede haber filosofía ecléctica tal como sus partidarios la entendían, sienta el Rancio las siguientes proposiciones, que luego va desenvolviendo: « La filosofía es una ciencia. No hay ciencia donde no hay principios. »

Entre los principios de cada ciencia hay cierta concatenación que últimamente los reduce á pocos, y estos pocos vienen á parar en uno; el principio de contradicción, y cita á Descartes, que la funda en su *cogito, ergo sum*. Cualquiera, aun la mas leve variación de principios, induce diversidad y oposición universal de doctrinas. *Aquí fica ó punto*, añade, y trata de probar su aserto con argumentos y ejemplos que no tienen vuelta de hoja. Las sectas filosóficas son diferentes entre sí, porque cada una admite y establece diferentes principios.

Ahora bien, « como el eclecticismo, según el padre Villalpando, es un modo de filosofar que no adhiere á sistema alguno, que no es sistema, y de consiguiente no establece principios ni sigue los que los otros han establecido, que anda de secta en secta, que aquí recoge una proposición, allí se paga de otra; que entresaca lo que le parece y deja lo que se le antoja. Pues vean ustedes aquí puntualmente por lo que yo digo que no puede haber eclecticismo, esto es, que el eclecticismo nunca puede llegar á ser verdadera filosofía. Esta debe ser ciencia; de consiguiente ha de consistir en el raciocinio; luego también ha de tener principios: estos principios deben ser conexos: entre ellos y las consecuencias mas remotas debe haber una íntima unión, cual es la que hay entre la causa y el efecto que depende de ella.

» Con que tan imposible es que haya eclecticismo que sea verdadera filosofía, como que es imposible que de una mata de olivo, una flor de granado, una hoja de rábano, una rama de naranjo y un capullo de rosa se pueda hacer una col. »

Tomando luego pié de una oración latina publicada en Sevilla, *De sectae eclecticæ utilitate*, repite que es imposible ser uno ecléctico, porque tendría que leer y entender á todos los filósofos, conocer las lenguas en que escribieron, las matemáticas, repetir todas las observaciones y experimentos, etc.; de modo que no bastaría la vida de un hombre para realizar la décima parte de lo que exigía para ser ecléctico la tal oración.

« Y no habiendo en Sevilla sino (las obras de) veintete ó treinta filósofos; luego son ustedes (perdónenme la llaneza) unos solemnisimos embusteros cuando se atribuyen el nombre de tales, á no ser que sean eclécticos de anillo. »

Además los trata de plagiarios, pedantes, que hablan sin conocimiento y á cada paso se contradicen. « Unos hombres que estudiaron tres años y no enten-

» dieron al Froilan, al Mastro, al Losada, que de repente se convirtieron en filósofos modernos, por que de repente entró la moda; que aun de la filosofía moderna saben poco mas que aquellos en cuyos tiempos no habia aparecido; que sucesivamente han sido discípulos de Purchot, Brixia, Villalpando y Jaquier, que ni aun por el forro han visto á los mas célebres de los modernos... que saben tanto de lenguas como los aviones; que en las matemáticas están tan en ayunas que todavía los pueden comulgar con un círculo; que en la crítica saben tanto como un aperador ó poco mas; que el latín se les resiste; que el castellano lo hablan con trabajo, que... pero dejémoslos. »

Y los dejó efectivamente, porque no hay mas *Cartas aristotélicas*.

Conocía, pues, el *Filósofo Rancio* bien el latín y aun la literatura latina, como se deduce de muchas alusiones y citas de los poetas y demás autores clásicos; el castellano, como han podido notar los lectores; y entendía el francés, italiano y portugués, aunque ignoraba por confesión propia el griego y el hebreo. Las lenguas extrañas las aprendió por decisión y trabajo propios, no como elemento de su educación académica. Poseía las ciencias eclesiásticas con bastante profundidad, como advertiremos en las siguientes cartas, y sobre todo la filosofía escolástica, lo cual da ventajas de claridad, perspicacia y raciocinio muy superiores á los adversarios que combatía. La habia explicado en su colegio de San Pablo, y no es de extrañar que tanto progresara en ella, ni hay que medir por él á los alumnos, sino mas bien á los profesores de los conventos á fines del siglo XVIII. La posesión de un sistema de filosofía bien definido y completo, aunque tenga sus imperfecciones, proporcionará siempre grandes ventajas sobre los que carecen de esta base, que da unidad á todos los conocimientos humanos, impide la fluctuación necesaria en los sistemas eclécticos, y mucho mas en los que no tienen mas conocimientos filosóficos que las superficialísimas nociones adquiridas en las aulas de segunda enseñanza.

Por eso la inmensa mayoría de los hombres se dejan arrastrar tan fácilmente de modas pasajeras; por eso suscribe á doctrinas erradas y nocivas, ofuscada por el brillo de la forma en que van expuestas; por eso, en fin, en España tienen tanta importancia los oradores palabreros y campanudos, aunque sean unos estupidísimos trompetas. Por esa falta de sistema filosófico medianamente profundo, juntamente con la de un conocimiento razonable de la metafísica y moral cristianas, es posible la boga de tantas ideas descabelladas, absurdas y utópicas que cunden entre la muchedumbre.

Cierto que sería también utópico pedir filosofía á la multitud; pero hay mucha razón y derecho para pedirle á los que inflaman todas sus concupiscencias so pretexto de emanciparla, y que so pretexto de instruirle, le infunden los principios mas disolventes, que ella convierte en hechos atroces.

Verdad es también que profesar un sistema filosófico suele tener el inconveniente de la parcialidad en los juicios, suele impedir el descubrimiento de la verdad; pero esto es el abuso del sistema, esto se puede y debe evitar por cada cual, mirando las cosas con la posible frialdad y circunspección. En cambio, un sistema bien cimentado en sanos principios y lógicamente desenvuelto, permite ver claro en todas las cosas, en cuanto es posible, é ir derecho al intento. Los ejemplos abundan, y algunos tenemos en nuestra patria, muy honrosos unos, muy fatales otros, pero todo consiste en los méritos del sistema. El *Filósofo Rancio* poseía uno, que por cierto no me gusta del todo; y de ahí su superioridad sobre los filósofos eclécticos sus cotáneos, y la que saca á los oradores de Cádiz y publicistas auxiliares, que por lo comun habian entrado en las filosofías de moda y querian imitar y copiar los principios y consecuencias de los libros mas vanos y fútiles que produjo nunca el espíritu filosófico, cuales fueron los de la Francia del siglo XVIII.

Esta superioridad la veremos palpable en el breve exámen que luego vamos á hacer de las que se llaman propiamente *Cartas del Filósofo Rancio*.

FRANCISCO CAMINERO.

(Se continuará).

Escenas del mundo asiático.

BABÁ Y BIBÍ,

ó la mujer india antes y despues del matrimonio.

I.

BABÁ, Ó LA MUJER SOLTERA.

El novelista Balzac y el historiador poético Michelet, dicen que en Francia no hay mujeres viejas. En la India, el sabio Menu dice que la soltera anciana no existe; no tiene tiempo de existir.

Babá Hinda, la morenilla india, como la llamarían nuestros mozalbetes, se comprometió en casamiento

hace siete años. Hoy cuenta catorce primaveras, y ha llegado la hora de su enlace. Pertenece á una casta honorable y su belleza es notable, segun el tipo indio: rostro ovalado, perfil armonioso y elegante, frente baja y muy femenina, barba pequeña como la de una niña, larga cabellera, negra como el azabache, grandes ojos lángidos con pestañas enormes que les dan una expresion de melancólica ternura; labios de carmin que recuerdan el capullo de rosa y la sensitiva, todo en ella demuestra la delicada complexion de las razas superiores, ricas y ociosas, de las razas de Brahma y de Siva. «Bella como la luna, como el jazmin y como el tallo del loto.» Es robusta y ágil, tiene contornos correctos á la par que graciosos, y una estatura alta y flexible que se presta á las ondulaciones de una persona que lleva un ánfora en la cabeza.

Por otra parte, la jóven soltera realiza el tipo de lo bello, con solo reunir una porcion de cualidades negativas. Por ejemplo, no debe tener pelo de barba, ni manos velludas, ni gruesos tobillos; no debe ser tuerta ni mellada, ni tener la voz ronca. Si por acaso un artista indio tuviese la dicha y la honra de reproducir en marfil los hechizos de Babá Hinda, la representaria pálida, lo cual querria decir noble, y gorda, lo que querria decir hermosa y rica.

A la verdad, sucedió una vez que una jóven india cautivó el corazon de Surajah Dowlah, y eso que no pesaba mas de sesenta y cuatro libras; pero el tal Surajah Dowlah era un excéntrico.

Babá Hinda viste sencillamente.

No conoce el sombrero, ni el miriñaque, ni las colas, ni los corsés, ni los lazos: se envuelve llanamente en una pieza de tela, moda que le ha sido transmitida por Rebeca, Raquel y demás vírgenes bíblicas.

Este vestido, que puede tener nueve metros de largo sobre cuarenta centímetros de ancho, varia de precio y calidad, como de color, y una franja de un tono vivo forma contraste con el color uniforme de lo restante de la vestidura.

Cuando una mujer india está en su tocador, pronto acude al marido, á los hijos ó á las visitas. Arrolla con presteza dos ó tres veces en torno de su persona los bordes de su único vestido, y sale.

Esa falda improvisada cae por delante hasta los pies; pero es menos larga por detrás, pues la sencilla criatura levanta el extremo de la tela con un movimiento muy gracioso.

Es el momento de admirarla.

Tal es la vestidura que gasta en su casa; pero cuando sale fuera ajusta mucho mas los pliegues de su ropaje, cubriendo con una parte de la tela su seno y sus hombros.

A veces se encuentra á alguna jóven vestida con una chaquetilla sin mangas; pero esto es un capricho de coquetería extranjera, copiado de las mahometanas.

En la costa de Malabar hay mujeres brahminas que en toda estacion se muestran desnudas hasta la cintura; y, segun el mas curioso observador y exacto pintor de las costumbres indias, el abate Dubois, tal era en otros tiempos el traje que vestian todas las mujeres de la Peninsula. Hoy solo se observa entre los Rajpoots, que mantienen escrupulosamente y en su primitiva pureza una porcion de antiguos usos. En el Thambul, siempre que las mujeres de la casta de Malamai se hallan en presencia de un sacerdote ó del marido, dejan caer su velo por detrás de su cabeza y de sus hombros, y le arrollan modestamente al talle como una faja.

Como el vestido de las mujeres y el de los hombres es de una sola pieza, no puede ser mas propio al uso del baño, consideracion importante en un pueblo al que su religion y sus costumbres, no menos que el clima y la higiene, imponen la práctica de frecuentes abluciones.

En los torneados y morenos brazos de Babá Hinda se ven bonitas florecillas dibujadas en rasgos imperecederos, obra maestra de grabado, ejecutada por la mano de una tierna madre en la criatura adorada que llora todavia en la cuna; la aguja que emplea está mojada con un licor corrosivo compuesto con el zumo de diversas plantas.

La mayor parte de las morenas hijas de Brahma, así como las coquetas curtidas de las castas inferiores, tratan de crearse una belleza ficticia con dibujos en el rostro, en el cuello, los brazos y los tobillos, dibujos que se hacen con una infusion amarilla de azafran machacado.

Con dolor se imagina uno la inocente jóven desfigurando sus hechizos con esas horribles ilustraciones, ya pintándose de rosa la punta de los dedos, ya tiñéndose de negro el borde de los párpados, al modo de las cortesanas para dar realce al brillo de los ojos, supersticiosa y repugnante manía que tiene por efecto alterar la serenidad de una hermosa frente con esas pinturas absurdas que los sacerdotes llaman *pot-tu* y que se obtienen por medio de una pasta de sándalo oloroso mezclado de vermellón.

La cabellera de Babá Hinda es muy sedosa, y aumenta su lustre con el aceite de palmera.

Dividida en trenzas sobre las sienes, sujeta hácia atrás con una hebilla de plata, le reune en un bonito rodete inclinado á la izquierda y adornado con monedas, conchas, flores y joyas.

Este peinado, en que apenas emplea su atencion, es de una gracia particular y se debe á los hábiles dedos de Babá. Si este frágil edificio llega á caer, no hay medio de levantarlo.

Los adornos que usa Hinda consisten en brazaletes de oro y plata con las formas mas variadas; los unos son redondos y huecos y los otros planos y largos; estos se colocan en la muñeca, y aquellos en el antebrazo y en el codo. Sus bonitos pies hacen sonar cadenas de plata, y sus delicados dedos están encarecillos entre aros de oro.

Al rededor del cuello se ven enlazadas guirnalda de perlas y de coral. Si su padre es un rico personaje, se ven relucir sobre su seno collares de oro macizo, guarnecidos de rubies, topacios y esmeraldas; y si es pobre, sabe contentarse con anillos de escama, de cadenas de cobre y de perlas de vidrio.

En la necesidad de continuar enumerando los adornos de Babá, no debo omitir uno que dudo poderlo describir. Me refiero á una sortija en la nariz: sí, mis queridos lectores, una sortija en la nariz. Este agradable anillo cuelga con la gracia que ya puede suponerse delante de los sonrosados labios de la jóven. Aquí teneis ya á la mas bonita india del mundo desfigurada para siempre.

Algunas mujeres llevan todavia encima de la chaquetilla sin mangas, de la que ya he hablado, un segundo vestido ajustado y escotado como una chaqueta persa, que parece hecha para descubrir las formas que trata de cubrir. Este vestido está guarnecido de una tira estrecha de tela de diferentes colores, ó bordada, con mangas muy anchas y que no baja sino hasta el codo.

M. Kern, del colegio nacional de Calcuta, ha comprobado que el traje de las indianas de nuestros dias es el mismo que llevaban en la antigüedad cuando Alejandro el Grande atravesaba las Indias como conquistador. Solo entre las personas que pertenecen á las altas castas en los paises en que la influencia musulmana prepondera, este traje ha sufrido algunas modificaciones. En Dolhi, por ejemplo, y en Agra, no se extraña ver á las señoras de cierto rango llevar la falda mahometana y el corpiño.

Buchanan, en sus observaciones acerca de la provincia de Goruckpore, dice que casi todas las jóvenes solteras habian adoptado las enaguas, sin perjuicio de recogerlas á un lado para rezar ó para ocuparse de la cocina. Desde que los Shanars de Travancore fueron convertidos en su mayor parte á la religion cristiana, las castas superiores prohibieron á las mujeres de esta tribu que usaran ningun traje que las cubriera mas arriba de la cintura; y esta orden que les ordena no cubrirse lo que el pudor impone no dejar ver, está de tal modo de acuerdo con las preocupaciones de aquellas castas, que los esfuerzos hechos por los shanars convertidos para sustraerse á esta tiránica é insultante orden, fueron considerados por las otras tribus como una violacion á sus sagradas leyes.

Cuando este odioso abuso de autoridad llegó á conocimiento de las señoras inglesas, prorumpieron en una explosion general de indignacion.

Un paseo al través de los bazares, en donde veis detrás de los mostradores á los mercaderes y comerciantes de joyas, es suficiente para turbar el espíritu mas formal y habituarse á las frivolidades femeninas. Aquí vereis extendidos pañuelos de cachemira tan grandes, que son capaces de envolver completamente á una bayadera; pero de una finura tal, que puede pasar por la abertura de una sortija. Tambien se ven magníficos tejidos de brocado de oro y de plata muy célebres, y que se conocen con el nombre de «kincob», producto único y casi maravilloso, que sale de las fábricas indígenas; mas lejos penden cinturones y bandas de benares, láminas de oro, terminadas por racimos de piedras preciosas; mas allá brillan *puggrées* nacionales ó turbantes de seda y de terciopelo adornados de piochas, de rubies y de zafiros; cintas de oro y de plata de todas clases y de los modelos mas diversos; festones bordados que rivalizan por sus dibujos y la diversidad de sus colores con los arabescos y los mosaicos de la Alhambra; magníficas cadenas, collares, pendientes de orejas, trabajadas por los plateros del pais; brazaletes doblados y sortijas de todas clases; collares de oro macizo con franjas del mismo metal, suspendidas por cadenitas cinceladas con mucho gusto; perlas gruesas como huevos de paloma, y diamantes ensartados como las perlas.

M. Colin Mackenzie en su obra titulada *La Vida de un misionero* describe los adornos de las jóvenes solteras convertidas á la religion cristiana. Saghuna, que tenia ocho años, hija de un brahmino, llevaba un collar de oro con pendientes en las orejas y brazaletes de piedras preciosas; y la otra, Changhuna, que era de casta inferior, llevaba en la nariz una sortija de plata, al dedo un anillo de desposada, del mismo metal, y en la mano una especie de escudo de plata que la servia de espejo.

Las mujeres *parisis* de Bombay son dignas de observar, con sus fundas de raso de color de púrpura ó amarillo, y los grandes gorros blancos que ocultan sus cabellos. El traje de las judias no es menos extraño, pues usan una túnica ajustada, de colores vivos, abierta á cada lado de las rodillas; un corpiño de muselina bordada de seda y oro, un pantalon de raso, una chaqueta con mangas cortas de merino de color escarlata, ó de terciopelo verde, teniendo las costuras bordadas de oro. La cabeza estaba adornada de cabellos postizos, abiertos sobre la frente y reunidos despues en trenzas que caian á los lados, mientras que su cabello negro, formando tambien trenzas, colgaba por detrás y terminaba por bellotas de plata y de oro. Su gorro encarnado á la turca, sus turban-

tes de fina muselina, bordados de diversos colores sobre fondo blanco; y sus bandas, que colgaban del turbante, se cruzaban debajo de la barba, teniendo encima de todo esto cintas de oro, perlas y joyas dispuestas al rededor de la cabeza y con sartas de perlas que estaban suspendidas de una oreja á la otra; y por último, una hilera de anillos que resonaban al rededor de los tobillos con cascabeles de plata: este es el conjunto de un traje tan complicado como pintoresco.

¡Alabada sea Parohita, la maestra de ceremonias! porque Babá no sabe tocar el piano; y gloria á Gouroo, su director espiritual, que no escribe para las Revistas. Además, no necesita coser, porque el guardaropa de su familia se compone exclusivamente de objetos fabricados por medios mecánicos: hacer media ó zurcir, es una ocupacion completamente inútil en un pais donde no se usan medias. Tambien les son desconocidos los botones y los bordados. Como los niños indios usan solo los vestidos con que la naturaleza los cria, no necesitan gorros ni baberos. Es desconocido el lavado y planchado, y en todos los dialectos del Indostan la palabra «planchadora» es del género masculino. Lo que mas admira es, que á pesar de que este pais cuenta con mas de cien millones de mujeres, ninguna ha conocido aun los beneficios que se obtienen de un alfiler.

Pero la Babá no olvida la educacion de su niña, pues le canta versos sagrados para alejar de ella el espíritu maligno, mientras que la niña bate sus gorditas manos para hacer huir las moscas fosforescentes. Además, la niña pesa el arroz y su madre la enseña á preparar los alimentos; y todos los dias, antes de la salida del sol, se traslada á la fuente para buscar agua, ocupacion que no le desagrada, porque así ve gente. Babá hila tambien algodón, y su torno consiste en un alambre que tiene al final una bola de arcilla. Antes de emprender su paseo matinal, se la puede distinguir en su casa al débil resplandor de su bugía, y oírle recitar la cancion de la hilandera. En cuanto á barrer y limpiar los suelos, son ocupaciones que ella deja á su sirviente el pária, porque ha nacido señora; y á fuer de imparciales debemos consignar que lo sabe ser.

Respecto á su educacion, la indolente jóven no se inquieta; su espíritu es como esas casas que no están habitadas por el propietario, y que por consiguiente, carece del menor interés en mejorarla. Babá no tiene la menor nocion de astronomía, y sus excursiones en la esfera celeste empiezan y concluyen con sus evoluciones al rededor de su estrella fija, que es su marido; sus estudios en matemáticas terminan cuando ha mostrado que uno y uno hacen dos, y tal vez tres. En cuanto á su religion, no tiene ninguna.

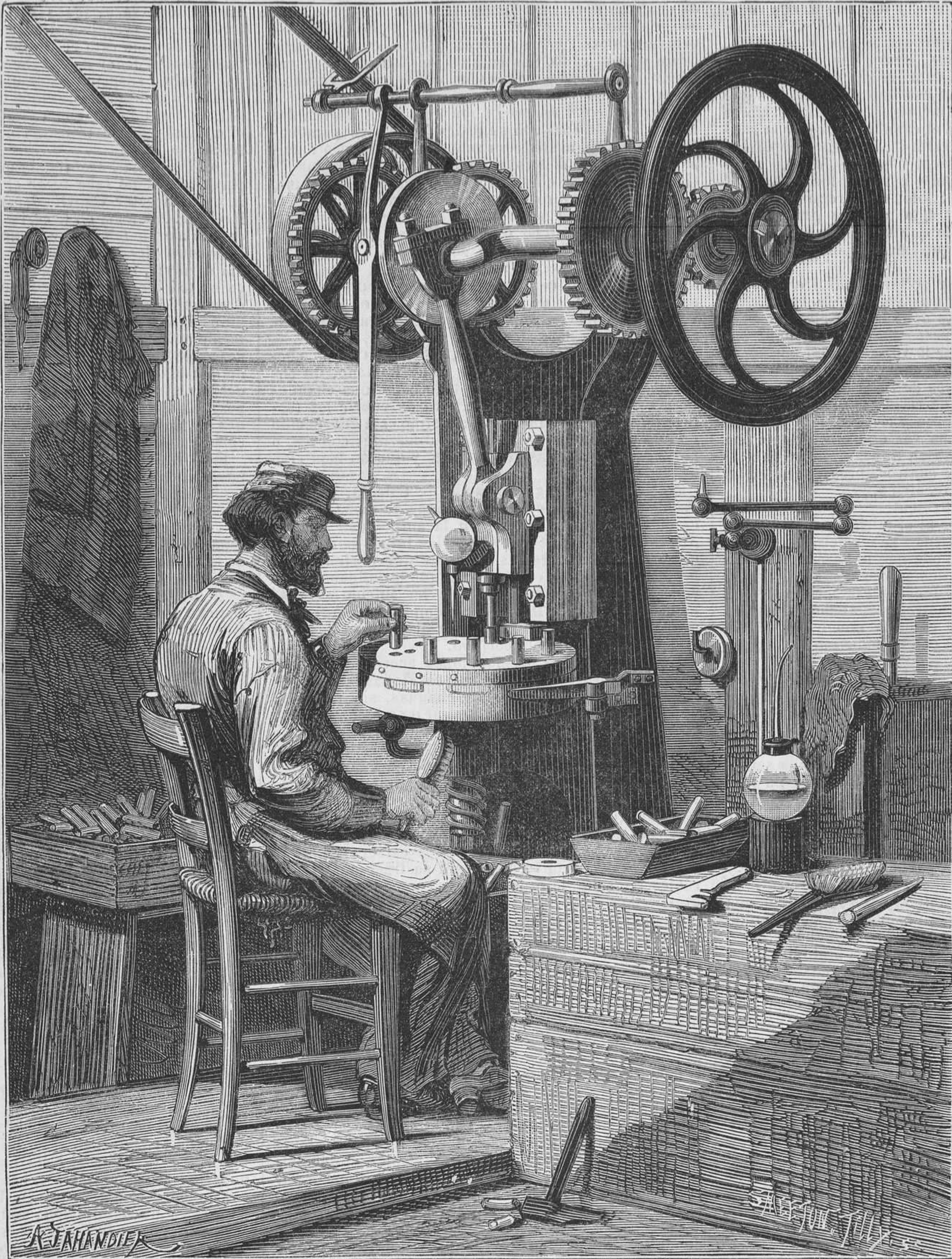
Las diversiones de Babá no son muchas ni variadas, porque pasa todo su tiempo ocupada con su cotorra favorita, cuya jaula está formada de placas de marfil é incrustada de perlas de color; y con una comadre de la vecindad, que es otra cotorra menos bonita que la primera.

Una vez al año, cuando se celebra la fiesta poética del «Beahrer», Babá sale por la noche cubierta con su velo, y sube en un carro, cuyas grandes ruedas de madera mas ó menos redondas hacen un ruido infernal, dirigiéndose en medio de fuertes vaivenes y saltos hácia las orillas del rio, en donde está llamada á hacer papel en esta tradicional solemnidad. En medio de linternas y de lámparas, de antorchas y de cohetes, y á cuya fiesta el cielo presta sus estrellas, las nubes sus diversos colores, los bosquecillos sus gusanos de luz y el rio su espejo, Babá se estremece de sorpresa y de admiracion; viendo pasar dulcemente el palacio de las hadas con sus torres, sus arcadas y sus pagodas brillantes de fuego, sobre una balsa cargada de follaje y de flores, mientras que ella lanza á lo lejos un ligero esquife de nuez de coco, iluminado y adornado de guirnalda, que va á unirse á una numerosa flotilla compuesta de diez mil jóvenes, alegres como ella, para entregarse á la corriente del rio. En medio de este admirable espectáculo, el corazon de Babá palpita de alegría, y á la vez que bate sus manos, sus carcajadas se confunden entre aquella multitud.

En medio de este estrepitoso carnaval, Babá se asemeja á un pájaro escapado de su jaula; en el colmo de su alegría, que rayaba hasta la locura, echaba á derecha é izquierda puñados de polvo rojo ó «mhindée», atacando á todo el mundo y dirigiéndose al respetable turbante del brahmino como á los pantalones sucios del pária, riendo sin cesar de las manchas y de los rasgones que recibia en la confusion.

Al través de esta multitud desordenada, Babá se pasea sin temor de que su pudor y su inocencia sean atacadas; y aunque nada parece que la protege, esta niña sabe muy bien que no le dirigirán ninguna palabra poco decorosa que sea preciso rechazar, ni un insulto brutal que sufrir. En esta parte las costumbres de este pais le servian de salvaguardia; un velo se interpone entre el rostro de la jóven y la mirada de los libertinos; y hasta los mismos cortesanos del pais se ven obligados á observar en público un decoro irrepachable. Si un indiano detuviera en la calle sus atrevidas miradas sobre una mujer, ó que tratara de acercarse á ella, seria considerado como un pária y excluido de la sociedad de todo hombre honrado.

Si prescindimos de sus instintos y de su poca inteligencia, Babá es una niña que ama é imita en todo á su madre, que honra á su padre y que considera á



Fabricacion de los nuevos cartuchos metálicos destinados al fusil Chassepot transformado en los talleres de M. Manceaux.

(Véase el artículo en la página 219.)

su presunto marido con un respeto que llega hasta la superstición, porque como ya hemos dicho, Babá Hinda ha sido desposada cuando tenía siete años. Con arreglo á los almanaques del país relativos al cultivo de estas tiernas plantas, al octavo, noveno ó al décimo año, lo mas tarde, un buen labrador debe encontrarla propicia para ingertarla en una rama de noble origen.

La union de Babá con el árbitro de su suerte se reduce á un trato de compra y venta, á un negocio de conveniencia de raza, de superstición ó de rupias, en el que no se tienen en cuenta ni el amor, ni las simpatías de los contrayentes. Mientras que las viejas discuten acerca de los preliminares, los detalles de la etiqueta y la renta que al morir dejará el marido, é interpretan los horóscopos, la tranquila niña, de cuya suerte futura se trata en aquel momento, continúa dedicada á sus habituales ocupaciones, pesando arroz, dando vueltas al huso y meciendo al niño; y cuando al día siguiente por la mañana se la despierta para anunciarle que está ya comprometida, vuelve con ne-

gligencia la cabeza sobre la almohada, y casi dormida dice bostezando:

— Está bien: ¿qué me importa á mí todo lo que me decis?

En las ceremonias que tienen lugar en los desposorios hay algo de fantástico, y por indiferente que ella sea, muestra que nuestra jóven Hinda no será una verdadera Babá, si no sintiese esa galvánica excitación, porque en el desierto árido de la vida de una mujer indiana, existen dos oasis encantadores, aunque falaces: el uno es el día en que se celebran los desposorios, y el otro el de la boda. Para los padres llenos de orgullo, estos días pueden dar lugar á crisis financieras de gran consideración; pero ¿qué es un lago lleno de rupias comparado con el placer de desplegar toda la atención de que era capaz?

— ¿No sabemos, dicen ellos, lo que debemos á nuestra familia? ¿Podremos quizás prescindir de lo que el público dirá de nosotros?

Y pasado algun tiempo, para consolarse de su infortunio, añadirán:

— Es verdad, hemos visto tiempos mejores que los que ahora hemos alcanzado, y particularmente cuando tuvo lugar el casamiento de nuestra niña.

En una ocasión, un rajah que era un rico y perfecto caballero, gastó lago y medio de rupias en el casamiento de una pareja de monos. Un «soodra» que he conocido, que era un recaudador en las oficinas de la sal, y que disfrutaba veinte rupias de sueldo mensuales, tomó á préstamo dos mil para comprar abanicos, plumas de pavo real, velos cubiertos de chapas de plata, y para alquilar bayaderas, pendones amarillos y palanquines, con motivo del casamiento de su pobre hija con un brahmino. Aunque despues los usureros le atormentaron durante muchos años, el padre tenía la satisfacción de oír que las bodas de su hija habían sido magníficas.

(Se continuará.)